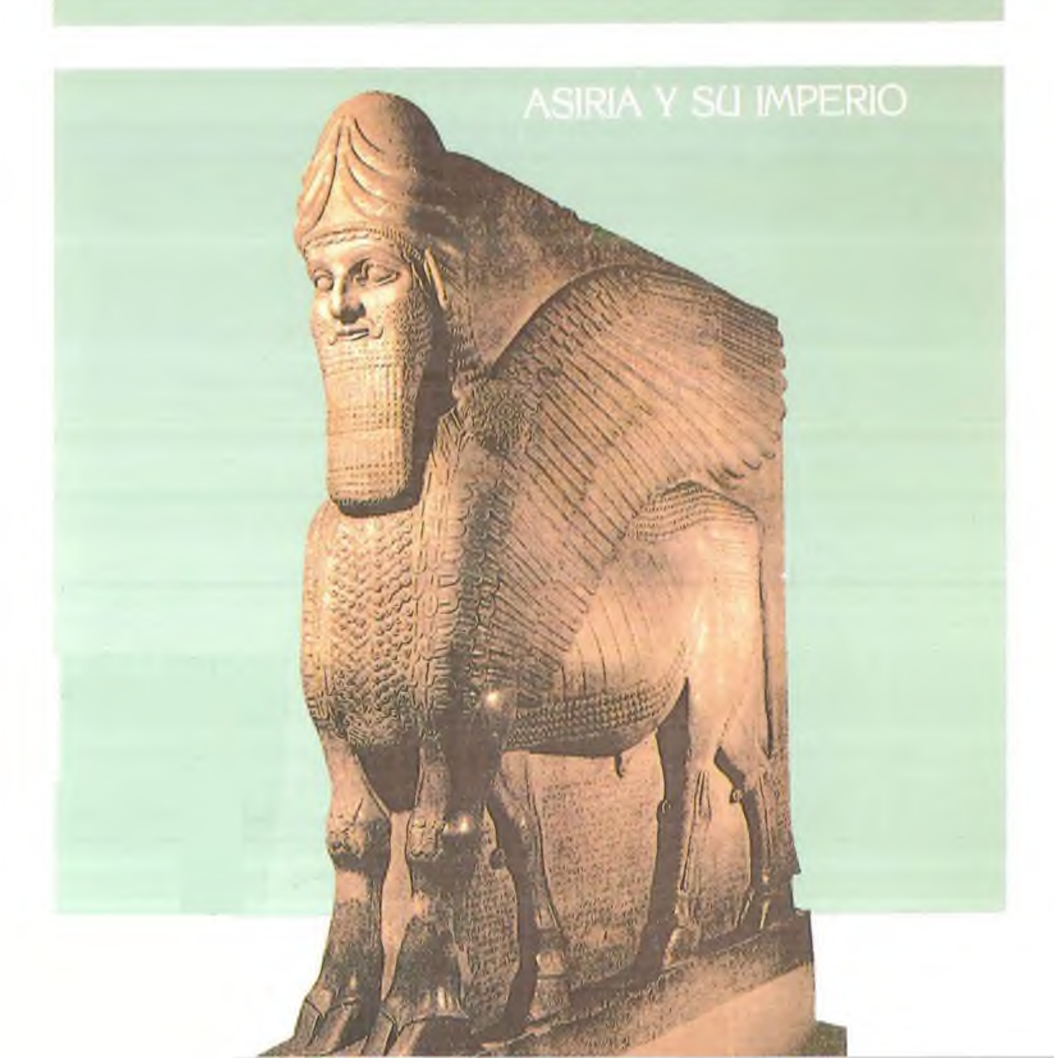
AKAL

HISTORIA DEL MVNDO ANTIGVO

8

ORIENTE



ASIRIA Y SU IMPERIO



Esta historia, obra de un equipo de cuarenta profesores de varias universidades españolas, pretende ofrecer el último estado de las investigaciones y, a la vez, ser accesible a lectores de diversos niveles culturales. Una cuidada selección de textos de autores antiguos, mapas, ilustraciones, cuadros cronológicos y orientaciones bibliográficas hacen que cada libro se presente con un doble valor, de modo que puede funcionar como un capítulo del conjunto más amplio en el que está inserto o bien como una monografía. Cada texto ha sido redactado por el especialista del tema, lo que asegura la calidad científica del proyecto.

ORIENTE

1. **A. Caballos-J. M. Serrano,** *Sumer y Akkad.*
2. **J. Urruela,** *Egipto: Epoca Tinita e Imperio Antiguo.*
3. **C. G. Wagner,** *Babilonia.*
4. **J. Urruela,** *Egipto durante el Imperio Medio.*
5. **P. Sáez,** *Los hititas.*
6. **F. Presedo,** *Egipto durante el Imperio Nuevo.*
7. **J. Alvar,** *Los Pueblos del Mar y otros movimientos de pueblos a fines del II milenio.*
8. **C. G. Wagner,** *Asiria y su imperio.*
9. **C. G. Wagner,** *Los fenicios.*
10. **J. M. Blázquez,** *Los hebreos.*
11. **F. Presedo,** *Egipto: Tercer Período Intermedio y Epoca Saita.*
12. **F. Presedo, J. M. Serrano,** *La religión egipcia.*
13. **J. Alvar,** *Los persas.*

GRECIA

14. **J. C. Bermejo,** *El mundo del Egeo en el II milenio.*
15. **A. Lozano,** *La Edad Oscura.*
16. **J. C. Bermejo,** *El mito griego y sus interpretaciones.*
17. **A. Lozano,** *La colonización griega.*
18. **J. J. Sayas,** *Las ciudades de Jonia y el Peloponeso en el período arcaico.*
19. **R. López Melero,** *El estado espartano hasta la época clásica.*
20. **R. López Melero,** *La formación de la democracia ateniense, I. El estado aristocrático.*
21. **R. López Melero,** *La formación de la democracia ateniense, II. De Solón a Clístenes.*
22. **D. Plácido,** *Cultura y religión en la Grecia arcaica.*
23. **M. Picazo,** *Griegos y persas en el Egeo.*
24. **D. Plácido,** *La Pentecontecia.*
25. **J. Fernández Nieto,** *La guerra del Peloponeso.*
26. **J. Fernández Nieto,** *Grecia en la primera mitad del s. IV.*
27. **D. Plácido,** *La civilización griega en la época clásica.*
28. **J. Fernández Nieto, V. Alonso,** *Las condiciones de las polis en el s. IV y su reflejo en los pensadores griegos.*
29. **J. Fernández Nieto,** *El mundo griego y Filipo de Macedonia.*
30. **M. A. Rabanal,** *Alejandro Magno y sus sucesores.*
31. **A. Lozano,** *Las monarquías helenísticas. I: El Egipto de los Lágidas.*
32. **A. Lozano,** *Las monarquías helenísticas. II: Los Seleúcidas.*
33. **A. Lozano,** *Asia Menor helenística.*
34. **M. A. Rabanal,** *Las monarquías helenísticas. III: Grecia y Macedonia.*
35. **A. Piñero,** *La civilización helenística.*

ROMA

36. **J. Martínez-Pinna,** *El pueblo etrusco.*
37. **J. Martínez-Pinna,** *La Roma primitiva.*
38. **S. Montero, J. Martínez-Pinna,** *El dualismo patricio-plebeyo.*
39. **S. Montero, J. Martínez-Pinna,** *La conquista de Italia y la igualdad de los órdenes.*
40. **G. Fatás,** *El período de las primeras guerras púnicas.*
41. **F. Marco,** *La expansión de Roma por el Mediterráneo. De fines de la segunda guerra Púnica a los Gracos.*
42. **J. F. Rodríguez Neila,** *Los Gracos y el comienzo de las guerras civiles.*
43. **M.ª L. Sánchez León,** *Revueltas de esclavos en la crisis de la República.*
44. **C. González Román,** *La República Tardía: cesarianos y pompeyanos.*
45. **J. M. Roldán,** *Instituciones políticas de la República romana.*
46. **S. Montero,** *La religión romana antigua.*
47. **J. Mangas,** *Augusto.*
48. **J. Mangas, F. J. Lomas,** *Los Julio-Claudios y la crisis del 68.*
49. **F. J. Lomas,** *Los Flavios.*
50. **G. Chic,** *La dinastía de los Antoninos.*
51. **U. Espinosa,** *Los Severos.*
52. **J. Fernández Ubiña,** *El Imperio Romano bajo la anarquía militar.*
53. **J. Muñiz Coello,** *Las finanzas públicas del estado romano durante el Alto Imperio.*
54. **J. M. Blázquez,** *Agricultura y minería romanas durante el Alto Imperio.*
55. **J. M. Blázquez,** *Artesanado y comercio durante el Alto Imperio.*
56. **J. Mangas-R. Cid,** *El paganismo durante el Alto Imperio.*
57. **J. M. Santero, F. Gascó,** *El cristianismo primitivo.*
58. **G. Bravo,** *Diocleciano y las reformas administrativas del Imperio.*
59. **F. Bajo,** *Constantino y sus sucesores. La conversión del Imperio.*
60. **R. Sanz,** *El paganismo tardío y Juliano el Apóstata.*
61. **R. Teja,** *La época de los Valentinianos y de Teodosio.*
62. **D. Pérez Sánchez,** *Evolución del Imperio Romano de Oriente hasta Justiniano.*
63. **G. Bravo,** *El colonato bajoimperial.*
64. **G. Bravo,** *Revueltas internas y penetraciones bárbaras en el Imperio.*
65. **A. Giménez de Garnica,** *La desintegración del Imperio Romano de Occidente.*



ORIENTE

Director de la obra:

Julio Mangas Manjarrés
(Catedrático de Historia Antigua
de la Universidad Complutense
de Madrid)

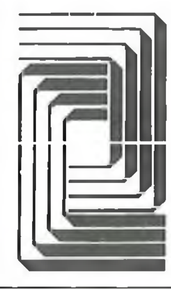
Diseño y maqueta:

Pedro Arjona

Los Berrocales del Jarama
Apdo. 400 - Torrejón de Ardoz
Madrid - España
Tels.: 656 56 11 - 656 49 11
Depósito Legal: M. 5.337-1989
ISBN: 84-7600-274-2 (Obra completa)
ISBN: 84-7600-333-1 (Tomo VIII)
Impreso en GREFOL, S.A.
Pol. II - La Fuensanta
Móstoles (Madrid)
Printed in Spain

ASIRIA Y SU IMPERIO

Carlos G. Wagner



Indice

Introducción

El marco geográfico, étnico y lingüístico

El territorio de la antigua Asiria varió mucho de unos períodos a otros de su historia. El nombre de Aššur, una divinidad masculina de carácter celeste, se aplicaba originalmente a una colina situada en la margen derecha del Tigris, un poco más hacia el norte de la desembocadura de su afluente oriental el Zab Inferior, en las proximidades de la actual Mosul. Aquí, en el curso medio del Tigris, a unos quinientos kilómetros aguas arriba de los primeros centros de civilización de la Baja Mesopotamia, se constituyó desde comienzos del tercer milenio, quizá aún con anterioridad, el núcleo más importante de la población que habitaba la Mesopotamia septentrional. El país de Aššur se diferenciaba esencialmente de la seca estepa y de la calurosa llanura aluvial del sur. La topografía, más abrupta aquí que en el «País de Sumer y Akkad», había influido desde un principio en la aparición de un menor número de asentamientos importantes en la zona. La agricultura hidráulica nunca se desarrolló en Asiria con la misma extensión que llegó a alcanzar en el mediodía mesopotámico, ya que en las montañas asirias la construcción de canales requería grandes esfuerzos e inversiones. Es por eso que las lluvias tenían una especial importancia para la economía asiria; el dios Adad era considerado como señor del cielo, que manda la lluvia a la tierra. No obstante, los desbordamientos periódicos del Tigris ofrecían la oportunidad de construir una red de canales y aprovechar el agua de las crecidas para irrigar campos, huertas y jardines frutales. Las laderas de las montañas se irrigaban en grado suficiente con las aguas de los torrentes montañosos, arroyos y ríos, que corrían principalmente desde la planicie iraní.

El clima era también distinto. En otoño caían las lluvias y el invierno, aunque duraba poco, era bastante frío y una densa capa de nieve cubría las altas montañas del Kurdistan irguiéndose en la lejanía desde el norte y el este. La primavera comenzaba pronto y los prados se cubrían de flores y hierbas que constituían un excelente alimento para el ganado. El cereal se cosechaba en Julio y en Agosto el calor se tornaba insoportable. Tierra de prados, valles y montes, el país asirio ofrecía a sus pobladores una variada gama de recursos. Plátanos, tamariscos, moreras y encinas crecían en las faldas de las montañas que albergaban también numerosos rebaños de ovejas que proporciona-



El próximo Oriente antiguo
(1200-539 a.C.)
(Según P. Garelli)

ban una excelente lana. Los montes estaban cubiertos de bosque y la caza era abundante. Desde tiempos remotos los hombres habían encontrado aquí diversas clases de piedra y mineral metálico que les eran necesarios para el desarrollo de los oficios.

El territorio de la primitiva Asiria se extendía por el curso medio del Tigris entre sus dos afluentes orientales, el Zab Superior e Inferior. La agricultura se desarrolló especialmente en el valle del Zab Superior que en primavera llevaba mucha agua procedente del deshielo de las montañas. También había una agricultura floreciente en torno al valle del Tigris, pero las montañas que se alzaban próximas por el este limitaban la superficie destinada a los cultivos. Las fronteras de Asiria variaron mucho con el tiempo. Las rutas comerciales discurrían al sur por el Tigris hacia el país de Elam y el Golfo Pérsico, siendo aquí la frontera más política que geográfica, hacia el este por los valles de los ríos hacia las montañas del Zagros y la planicie iraní los límites tenían mucho que ver con el control del fértil valle del Diyala, al norte a través de los pasos de montaña los caminos penetraban en la región de los tres grandes lagos —Sevan, Van y Urmia—, en las proximidades de Armenia y



El yacimiento de Aššur junto al Tigris

más allá en las regiones del Transcaucaso, al oeste el desierto imponía una especie de frontera climática si bien el valle del Habur, afluente oriental del Eufrates y el meandro occidental del gran río al noroeste permitían la penetración hacia los puertos mediterráneos del litoral sirio-fenicio y el Asia Anterior respectivamente.

Por lo que desde un punto de vista étnico se refiere, los orígenes de la población de Asiria aparecen bastante heterogéneos. En la lista de reyes asirios confeccionada durante el siglo VIII a.C., los antecesores inmediatos de Puzur-Aššur, fundador de la primera dinastía independiente, llevan nombres que no obedecen a una onomástica semita, por lo que deben aludir seguramente a la población autóctona presemita del país: los subarteos, es decir, los habitantes de Subartu, que es como originariamente se conocía a la región, y que la poblaban

desde tiempos remotos. Estas tribus por su lengua, aspecto externo y desarrollo cultural estaban próximas a los hurritas, que poblaban la parte noroeste del Asia Anterior y el norte de Siria y a las tribus de la montaña que habitaban al este del Tigris. Por las excavaciones llevadas a cabo en distintos yacimientos de la Mesopotamia septentrional sabemos que algunas de estas tribus ya habían pasado a la agricultura sedentaria, utilizando azadas y raederas y cultivando cebada y los demás cereales comunes a los pueblos del Próximo Oriente. Estas gentes subarteas, descendientes de las prehistóricas culturas de Tell Hallaf y Samarra, y por lo tanto pertenecientes al estrato pre-sumerio de Mesopotamia, se mezclaron en un momento posterior con las distintas oleadas de semitas que llegaron a establecerse en la zona. Primero fueron los acadios, semitas orientales, de los que Asiria reivindicará siempre orgullosa su herencia cultural y política. Más tarde, en el tránsito del tercer al segundo milenio, los semitas occidentales, amoritas o amorreos, que llegaron incluso, como en otros tantos principados, a establecer una dinastía propia sobre el trono de Assur. Finalmente los arameos, procedentes como aquéllos de la Península Arábiga, y más próximos por sus características sociales, económicas y lingüísticas a los acadios que a los amoritas, ejercieron desde finales del segundo milenio - comienzos del primero, una importante influencia étnica y cultural sobre el territorio asirio.

Pero además del semita hay otro importante componente étnico entre la población de Asiria: se trata de los hurritas, pueblo de origen según parece caucásico y que al menos desde la época acadia (2400-2250 a.C.), si no antes, comenzó a establecerse en la Mesopotamia septentrional y el norte de Siria en un lento y pacífico proceso de infiltración. Más tarde, nuevas poblaciones hurritas más violentas, impelidas por las migraciones de los indoeuropeos, se establecieron en las mismas zonas, pero mezcladas ya al parecer con elementos de procedencia indoirania. Los hurritas, que llegaron a constituir un poderoso estado feudal, el Imperio de Mitanni, bajo cuya autoridad habría de vivir Asiria durante un largo período, impregnaron profundamente con su cultura al país asirio.

La lengua asiria constituye un dialecto derivado del acadio septentrional y por lo tanto distinto del babilonio, y ha sufrido una evolución que permite distinguir tres estadios distintos de la misma que vienen a coincidir aproximadamente con la primera y segunda mitad del segundo milenio y la primera del primero. Así, se puede hablar de un asirio antiguo, medio y reciente. Sobre esta lengua se fueron depositando influencias y préstamos del amorita primero y más tarde del arameo, pertenecientes a la familia de lenguas semitas occidentales y por consiguiente también de tipo flexional. Con el tiempo el arameo acabó por desplazar a la vieja lengua asiria derivada del acadio hablado en el norte de Mesopotamia y se convirtió de hecho en el habla popular; aún así, el asirio, como el babilonio en la Mesopotamia meridional, continuó constituyendo la lengua oficial utilizada en la vida administrativa.

En los últimos tiempos de su historia la población y lenguas de Asiria sufrieron importantes mezclas como consecuencia de la política de deportaciones masivas que con un objetivo político y en ocasiones también económico emprendieron los monarcas asirios desde finales del segundo milenio para proseguirla con mayor ímpetu durante la primera mitad del siguiente. Como consecuencia las ciudades asirias se convirtieron en auténticas Babel donde residían hititas, arameos, sirios, fenicios, etc., mezclados con la población local.

I. De los orígenes al reino medio

1. Subartu: orígenes de Asiria

Una densa oscuridad se cierne sobre Asiria durante los primeros siglos de la historia de Mesopotamia. El país, concretamente, aún no recibía este nombre y quedaba englobado bajo la genérica y bastante vaga denominación de Subartu o Subur con que los documentos acadios o sumerios aludían a la Mesopotamia más septentrional. Cuando ya las gentes que poblaban la llanura meridional mesopotámica habían desarrollado mucho tiempo atrás importantes y prósperas formas de vida urbana, las poblaciones que habitaban el «País de Aššur», como posteriormente se conocerá también esta tierra, se encontraban aún inmersas en un proceso de sedentarización todavía no concluido. La urbanización era por consiguiente escasa y tardía. Poblaciones prehistóricas, mezcla de autóctonos y semitas, aseguraban su cohesión en torno al culto del dios intertribal Aššur, divinidad celeste, en torno a cuyo santuario acostumbraban a reunirse los primitivos asirios para tratar de sus problemas comunes. En esta época remota la jefatura de las distintas tribus que componían la federación subartea era electiva y periódica, pasando el cargo de jefe en jefe, costumbre que habría de quedar reflejada hasta el final de la historia de Asiria en el uso de datar el calendario por epónimos anuales.

Tal situación de retraso respecto a la Mesopotamia meridional puede explicarse tanto por las condiciones locales del país como por un menor influjo de estímulos externos. La región comprendida en torno al curso medio del Tigris, cuna original de los asirios, se encontraba aislada de los centros de civilización del Sur por las barreras naturales de la cadena montañosa del Jebel el-Hamrim y el desierto. El territorio del país, más abrupto que el de las tierras sumerias y acadias, imponía también sus condiciones y la agricultura dependía, sobre todo en un principio, casi exclusivamente de las lluvias. La ganadería y luego el comercio caravanero parecen haber constituido desde los orígenes, actividades importantes.

Hacia mediados del tercer milenio un tal Ušpia según la leyenda recogida por fuentes asirias posteriores, decimosexto de una dinastía de «reyes que moraban en tiendas», erigió un templo a Aššur en lo que sería el emplazamiento de la futura capital, marcando así el inicio de la urbanización en un lugar que era ante todo una fortaleza natural excelente sobre la rocosa orilla derecha del Tigris. La

ciudad nacería así en torno a un santuario que daba cohesión a la federación de tribus seminómadas que se iban sedentarizando paulatinamente. Tal vez ello explique el marcado carácter sacerdotal —vicario de Aššur era el título— de la primitiva realeza asiria, rasgo éste que habría de perdurar a lo largo de toda su posterior historia. Aproximadamente de esta época son los vestigios del llamado templo «G» consagrado a Ištar, que con su gran sala rectangular a la que se accedía por una rampa escalonada y en cuyo fondo un nicho acogía un relieve de escayola pintado en blanco y negro y representando a la diosa desnuda, reproduce fielmente el mismo modelo de planta en uso en el sur de Mesopotamia, denotando ya unas influencias meridionales que no desaparecerán nunca.

Fue el primer imperio mesopotámico creado por Sargón de Akkad el principal responsable de la intensificación de la colonización urbana de la región más tarde llamada Asiria, aunque no es en modo alguno descartable que gentes de estirpe acadia habitaran allí desde algún momento anterior. Textos divinatorios han dejado constancia de la conquista por Sargón del «País de Subartu», siendo así este monarca el primero en establecer allí su hegemonía en el transcurso de su dilatado reinado. Durante más de siglo y medio la influencia acadia se dejó sentir con fuerza creciente en la zona. El viejo interés —arranca al menos del cuarto milenio— por acceder a las regiones de origen de aquellas materias primas (metales, maderas, etc.) que Mesopotamia no producía tenía mucho que ver en todo ello. Y con los acadios, reinterpretada, llegó una vez más la antigua cultura sumeria nacida a orillas del mar. De esta época datan los primeros textos escritos en acadio encontrados en la ciudad de Aššur. La actividad constructora de los reyes acadios fue también responsable del

Saqueo de la ciudad de Hamaan representado en un relieve de Nínive





Genio androcéfalo de Jorsabad
(Siglo VIII A.C.)

engrandecimiento de Nínive; allí Manishtushu, tercer monarca de la dinastía inaugurada por Sargón, había fundado un templo dedicado a Ištar, mientras que una inscripción nos recuerda su presencia en Aššur. Según incluso parece, su antecesor en el trono del imperio, Rimush, había llegado a fundar al norte de Nínive una ciudad a la que el soberano dio su propio nombre y de la que arqueológicamente no sabemos nada. Más hacia el este documentos encontrados en Gâsur, luego llamada Nuzi, dan cuenta de la existencia de una población acadia.

En este «País de Subartu» las ciudades que como Aššur surgieron espontáneamente como exponente más septentrional del tipo de organización urbana mesopotámica necesitaban para crecer de un estímulo especial, como un santuario, un centro de poder real o rutas comerciales, que eran poco frecuentes (Oppenheim, 1976, 85). Estas poblaciones sedentarias, cuyo origen no conocemos con certeza convivían seguramente con los seminómadas de origen semita que vivían como tropas vagabundas entre las ciudades de la Alta Mesopotamia. Es probable, aunque no ciertamente seguro, que a este período se pueda retrotraer todavía la existencia de aquellos «reyes que moraban en tiendas» a los que aluden los anales asirios posteriores refiriéndose a la primitiva etapa seminómada, y que parecen haber constituido el germen de la primitiva nación asiria.

La disolución del imperio acadio, precipitada después de un prolongado desgaste interno por las incursiones de los nómadas Guteos procedentes de las montañas del Zagros, afectó igualmente al territorio subar-

teo. Aššur fue arrasada y el templo de Ištar permaneció en ruinas. Pero la influencia acadia habría de ser perdurable en el país, aunque por sus particularismos locales seguiría en el futuro una evolución distinta de aquella otra característica del mediodía mesopotámico: así, el dialecto asirio del acadio, que se conoce desde el segundo milenio, diferirá notablemente del dialecto babilónico. Igualmente la onomástica de los futuros dirigentes asirios dará buena prueba de esta herencia acadia.

La formación del segundo imperio mesopotámico, ahora bajo las directrices políticas de una dinastía entronizada en la ciudad sumeria de Ur, tras la reducción definitiva de los invasores Guteos que durante un siglo colapsaron las comunicaciones y la vida económica en los valles del Eufrates y el Tigris, aportó nuevas oportunidades de desarrollo al territorio asirio. El imperio de la Tercera Dinastía de Ur extendió su autoridad, como antes el fundado por Sargón de Akkad, además de la llanura meridional y la región del Diyala, por las zonas del curso medio del Eufrates con centro en Mari y del curso medio del Tigris con centro en Aššur. Los reyes de Ur, depositarios ahora de la vieja tradición cultural sumerio-acadia, reemprendieron la actividad constructora iniciada por sus precursores, los soberanos acadios. De este período es el llamado templo «E» de Aššur en el que ya aparece la clásica distribución tripartita característica ahora de los templos mesopotámicos. Es bastante probable que los monarcas de Ur utilizaran Aššur para controlar desde allí las expediciones y las colonias comerciales que operaban en el Asia Menor. Sin lugar a dudas la ciudad era gobernada por un «ensi» vasallo del poderío de los reyes de Ur.

El desmoronamiento del imperio de Ur propició la virtual independencia del país asirio, denominado aún Subartu en nuestras fuentes. Mientras en la Mesopotamia meridional el poder político pasaba alternativamente del principado de Isin al de Larsa y numerosos personajes de nombre amorita encabezaban pequeñas dinastías locales, en tierras asirias se gestaba un estado independiente. Puzur-Aššur fue el iniciador, a poco de la desaparición del imperio de Ur, de una dinastía de soberanos asirios independientes que portan nombres acadios. Asistimos ahora por tanto al nacimiento de la historia de Asiria, ya que estos príncipes nos han legado sus propias inscripciones en lengua asiria antigua, por lo que constituyen éstas los primeros documentos propiamente asirios que conservamos. Aún así, no resulta todavía posible elaborar un relato continuado de los acontecimientos y desafortunadamente las fechas de los reinados de estos monarcas independientes de Aššur están aún por establecer. Las excavaciones en la capital tampoco parecen poder arrojar mucha luz sobre esta primitiva etapa de la historia de Asiria; posteriores reyes asirios llevaron a cabo importantes desplazamientos de tierra con el fin de proporcionar un nivel de fundación para sus edificios sobre las laderas rocosas, por lo que los vestigios de los primeros momentos de la historia de la ciudad han quedado destruidos.

En este período temprano de su historia, los soberanos asirios, que portan el título de *ishshiakkum* —forma acadia del «ensi» sumerio—, son ante todo vicarios de Aššur, dios nacional y único rey del pueblo, según una vieja concepción semita, y la monarquía asiria carece aún de los rasgos centralistas y despóticos característicos de los grandes reyes mesopotámicos. De hecho, parece que estos señores asirios dependían para poder ejercitar sus derechos de los prohombres del reino. Tales personajes eran ricos ciudadanos, especialmente comerciantes, que dejaban sentir su influencia. Existía también una clase

de dignatarios, llamados *limu*, encargados de la gestión burocrática, que ejercían su cargo durante un año, que era designado según el nombre del dignatario en funciones. Estos epónimos se encargaban de las más importantes cuestiones administrativas.

El pequeño reino asirio, desligado ahora totalmente de toda obligación con respecto a los poderes políticos del sur mesopotámico, se limitaba prácticamente a la capital con algunos terrenos circundantes. Esto es lo que parece desprenderse del hecho de que numerosos asentamientos asirios en el Asia Menor y la Mesopotamia septentrional sean mencionados en numerosas ocasiones en los viejos documentos asirios, que aluden incluso a *Gašur-Nuzi*, pero que ninguna ciudad en la propia Asiria, a excepción, claro está, de Aššur, aparezca en ningún documento, y que ninguna inscripción real de este período mencione construcción alguna en cualquier otra ciudad que no sea Aššur. Los futuros grandes centros del Imperio Asirio durante el primer milenio disfrutaban aún por tanto de autonomía bajo la dirección de pequeñas administraciones locales adscritas, por lo común, a la autoridad de algún santuario. Pronto, sin embargo, habría de dar muestras Asiria de una voluntad de expansión que la llevaría a participar, aunque brevemente, en el juego político de Mesopotamia. Este momento llegaría con Ilushuma, tercer príncipe de la dinastía establecida por *Puzur-Aššur*. Según consta por sus propias inscripciones, engrandeció este monarca la capital construyendo murallas, levantando un templo dedicado a Ištar y realizando trabajos de conducción de agua. Todas estas actividades denotan una situación económica de relativa prosperidad y que, en cualquier caso, no puede ser calificada de falta de recursos.

A falta de una elevada productividad agrícola como en el Sur, los asirios, de vieja tradición seminómada, supieron sacar provecho de los recursos de su país y obtener en tierras lejanas aquello que les faltaba. Desarrollaron así con la lana de sus ovejas la más importante industria textil de aquella época, base fundamental de su expansión comercial e industrial. El oro podía obtenerse en la región de Nuzi, de los placeres auríferos del rio Zab y sus afluentes. Desde ahora el poder político del Estado asirio exige una concentración previa de riqueza que responde, en líneas generales, a descubrimientos relacionados con los procesos metalúrgicos que permitían obtener plata a partir del plomo. Ya que éste era abundante en su territorio, las arcas asirias no se resintieron a partir de entonces de la escasez de aquel metal precioso. El cobre era también abundante; éste y algo de estaño procedían de las minas de Ergari Maden, seguramente la Kharana de los textos asirios, estación de servicio también del tráfico caravanero entre Aššur y Kanish, situada junto al lugar donde las caravanas cruzaban el Eufrates hacia el Asia Menor.

Todos estos recursos explican suficientemente el celo constructor de los reyes asirios como Ilushuma, o su hijo y sucesor, Erishun, que reconstruyó el templo de Aššur en la capital con sus edificios accesorios, y levantó un nuevo santuario al dios Adad, divinidad semita introducida en Mesopotamia por los invasores amoritas.

Pero el reinado de Ilushuma se caracterizó, sobre todo, por la intensa actividad que el soberano desarrolló más allá de los límites de su territorio. Por primera vez una expedición militar asiria intervenía en la Baja Mesopotamia, demostrando de paso la debilidad de los otros estados, fundamentalmente de Isin que pugnaba, con la terca oposición de Larsa, por reunificar a sus expensas el fragmentado territorio mesopotámico, y también de Eshnunna donde una dinastía local intentaba imponer su control

sobre la región del Diyala. Allí, en la llanura meridional, Ilushuma estableció «la libertad» de Ur, Nippur, Der y algunas otras ciudades de la Transtigrina. No parece ciertamente muy probable que el rey consiguiera la exención de tributos para los acadios, que es lo que quiere significar esta medida, en un territorio comprendido desde Ur hasta Aššur que estuviera situado bajo su autoridad. Tampoco se puede establecer el alcance concreto de esta política, pero lo cierto es que Asiria intervenía activamente por primera vez en la política internacional de su época en lo que se podría interpretar como un intento de despejar de obstáculos las principales vías de comunicación que confluían hacia su territorio.

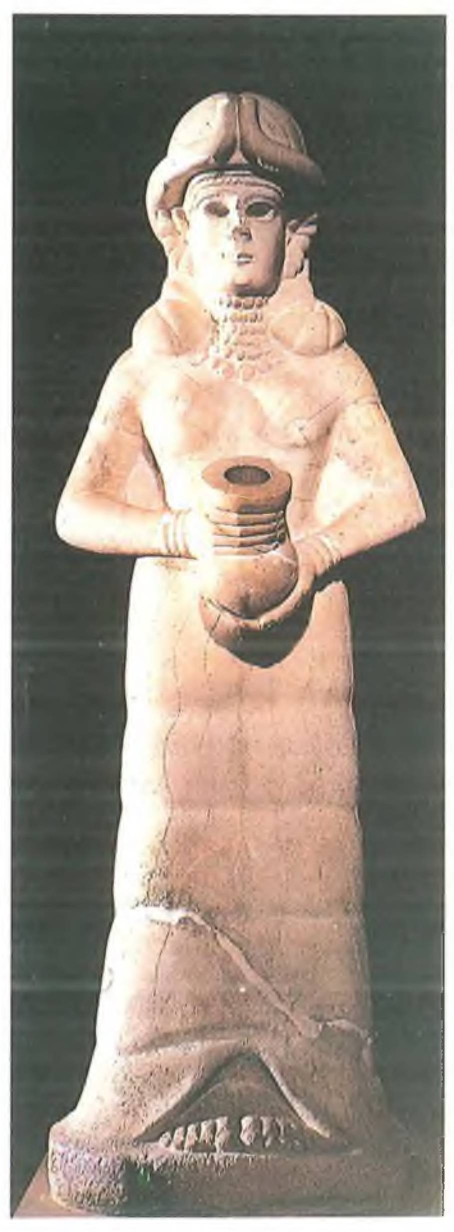
El acontecimiento, sin embargo, no tuvo mayores consecuencias, y los asirios durante este primer período de su historia parecen haber dirigido preferentemente su atención hacia el Asia Menor, donde situaron bajo su protección las avanzadas colonias comerciales que les llevaron a ejercer sobre aquellas tierras una especie de imperialismo económico. Los testimonios de que disponemos sugieren que el Asia Menor resultó de nuevo accesible al comercio asirio en tiempos de Erishun, hijo y sucesor de Ilushuma. A partir de entonces las empresas comerciales antaño impulsadas por los reyes de Ur prosiguieron en manos de los mercaderes de Aššur que, extendiéndolas ahora con absoluta autonomía, contribuyeron de esta forma al engrandecimiento de su país. Aunque en el siguiente reinado, aquél de Ikunum, quinto monarca de la dinastía de Puzur-Aššur, se documenta una reconstrucción de las fortificaciones de la capital, lo que podría interpretarse como una amenaza procedente de los contemporáneos reyes de Eshnunna, los reyes asirios dirigieron todos sus esfuerzos a la organización del comercio caravanero a larga distancia con el Asia Menor.

2. La expansión asiria en Anatolia

La desintegración del Imperio de Ur había atomizado políticamente Mesopotamia. En el norte un nuevo poder irrumpía con fuerza: Asiria, independiente desde Puzur-Aššur I, ha iniciado a mediados del siglo XX a.C. una política de expansión que tenía como objetivo establecer relaciones comerciales con países extranjeros. Como antes, ahora el comercio asirio se dirigía preferentemente hacia el Asia Menor. Allí en Anatolia, en la llanura central que más tarde recibiría en nombre de Capadocia, los asirios establecieron una serie de colonias comerciales, algunas de las cuales nos han proporcionado abundante información sobre sus actividades.

Anatolia había conocido ya la visita de gentes procedentes del País de Akkad, y la posterior población de la región consideraba el viejo período acadio como el comienzo de la historia de su país. Con Erishum de Asiria comienza una era de la historia del Asia Menor que se caracteriza por la existencia de estrechos vínculos políticos y económicos con Aššur, pero un siglo antes del establecimiento de los asirios, aquellas tierras habían estado también bajo el dominio de Ibbi-Sin de Ur. En los tiempos de la penetración asiria en el Asia Menor, la región comprendía un buen número de pequeños principados, situados algunos bajo la autoridad de príncipes hititas, mientras la población local utilizaba nombres que revelan una procedencia heterogénea: hurritas, hititas, luvitas y semitas amoritas. Estos últimos presentan la mayor complejidad ya que no se puede distinguir entre los que residían en el país desde antes de la llegada de los asirios y los que se habían instalado allí junto con los comerciantes procedentes de Aššur. Parece, por lo demás, que los amoritas desempeñaron un activo papel en el transporte fluvial y terrestre.

Las autoridades locales de estos principados admitían, mediante un tratado de vasallaje sellado con un juramento ante los respectivos dioses, la supremacía de los monarcas de Aššur, convirtiéndose entonces en «hijos» de los reyes asirios que les enviaban esposas y tropas para proteger su territorio. Al menos tres lugares del Asia Menor atestiguan el éxito de esta política comercial asiria: en las proximidades de Kultepe, la antigua Kanish nos ha legado cientos de tablillas escritas describiendo la actividad de los mercaderes asirios. Otros pequeños archivos similares se han descubierto en Alişar, la antigua Ankuw, y en Bogâzköy, la antigua Hattusha, que se llegó a convertir en la capital del reino e imperio hitita. Estos documentos dan fe de los negocios realizados por los mercaderes asirios, que vendían mercancías traídas desde su país: lana, productos textiles, plomo argentífero y estaño, y repatriaban los capitales producto de sus ventas, cobre, plata y oro, parte de los cuales era empleada en la obtención de más mercancías para exportar. Además de las telas de fabricación asiria, reexportaban otras que ellos mismos adquirían en otros mercados extranjeros, como Babilonia. Todo el tráfico de ida se realizaba mediante transporte caravanero, pero el oro y la plata eran transportados a Aššur por un procedimiento mucho más rápido, por medio de enviados especiales que eran los mismos que aseguraban las comunicaciones fluidas entre la capital y los distantes centros de comercio. Además de los conocidos arqueológicamente, los documentos mencionan otros tantos asentamientos comerciales asirios en el Asia Menor central y oriental. Kanish parece haber sido el centro de los comerciantes asirios establecidos en Anatolia central. Los miembros de esta comunidad mercantil asiria pertenecían a las mismas familias que en Aššur proporcionaban los dignatarios epónimos. Era es-



Diosa del vaso manante, de Mari, localidad bajo el poder asirio durante el reinado de Shamshi-Adad I
Museo Arq. de Alepo

ta oligarquía mercantil, en la que participaba activamente el propio rey, la que llevaba el peso de este tipo de negocios, y aunque parece seguro que existían diversas instituciones públicas que tomaban parte en este comercio con el Asia Menor, como la administración de los grandes templos, la de la capital y el mismo monarca, la financiación más importante procedía del sector privado, aunque como en toda formación estatal arcaica el límite entre las finanzas públicas y las privadas era bastante impreciso. Por lo general, el patriarca de una de estas familias de la aristocracia comercial permanecía en Asiria dirigiendo desde allí los negocios de importación y exportación que descansaban directamente en manos de los más jóvenes que residían en diferentes localidades del Asia Menor. Allí podían incluso casarse temporalmente con mujeres nativas, aunque su propia esposa se encontrara aguardándoles en Asiria, a las que finalmente podían repudiar previo pago de un precio acordado de antemano, y volver a Assur con los hijos que hubieran tenido de ellas.

Las comunidades asirias en el Asia Menor variaban de tamaño e importancia pero incluso las más pequeñas tenían su propio templo de Assur. Normalmente, como en Kanish, se encontraba fuera de las murallas de la ciudad y los residentes asirios estaban incluso sometidos a impuestos por las autoridades locales que, en última instancia, dependían de la supremacía de los reyes de Asiria. Allí, los mercaderes asirios se reunían en un organismo asambleario que recibía el nombre de *karum*. El término significa «muelle» y es que en primer lugar el *karum* era un centro receptor de impuestos sobre el tráfico comercial, función ésta que se realizaba tanto en los puertos de mar como en los fluviales. El *karum* tenía poder para forzar el pago de los impuestos en caso de que los mercaderes se mostrasen evasivos o reluctantes. Proporcionaba, al mismo tiempo, facilidades de almacenaje para las mercancías y actuaba como institución financiera, concediendo créditos y manteniendo la contabilidad de los mercaderes. Además funcionaba como corte de justicia con competencia para dirimir pleitos entre mercaderes y discutir los litigios con los nativos. Por último, los dirigentes del *karum*, que también eran epónimos, representaban la autoridad asiria a la que se subordinaban los príncipes locales. Su residencia se fijaba en la «Casa del *karum*», que en lo que al de kanis concierne se encontraba situada en el llano, a los pies de la terraza sobre la que se alzaba la casa del príncipe.

El *karum* no era un organismo independiente, por el contrario dependían unos de otros en una intrincada red que cubría las rutas comerciales del Asia Menor. El *karum* de Kanish poseía funciones especiales ya que era del que dependían todos los demás. Por medio de «el enviado de la Ciudad» —Assur— recibía órdenes del gobierno de la capital que transmitía a los restantes. Su primacía venía asegurada por el hecho de que Kanish era el punto de intersección de las vías de comunicación principales y, como tal, ocupaba un lugar prominente entre las restantes ciudades del Asia Menor oriental. Así mismo los demás *karum* locales que se encontraban en todas las ciudades importantes de la región, controlaban a su vez agencias secundarias o *wabaratum* que desempeñaban una función análoga en las localidades de menor entidad. El *karum* de Kanish estaba subordinado a las autoridades ciudadanas de Assur que residían en «La casa de la Ciudad» o *bit alim*. Estas autoridades eran el rey y los dignatarios epónimos pertenecientes o vinculados a la nobleza mercantil que ejercía su influencia a través de una asamblea o consejo de ancianos o notables, que representaba a los patriar-

cas de las más influyentes de estas familias. De hecho, parece que el propio monarca no sea sino el más poderoso de tales mercaderes.

Es interesante señalar que este intercambio de bienes y productos, orientado desde la capital por algún gran comerciante (*ummeanum*) que proporcionaba las mercancías, prestaba el dinero, invertía grandes sumas contra interés o participación o ambas cosas a la vez, y en el que podían intervenir también de manera similar otros mercaderes importantes establecidos en algún *karum*, era fundamentalmente una actividad económica que se desarrollaba en un ámbito ajeno a lo que nosotros entendemos por mercado (Polanyi, 1976, 66 ss). La ausencia de determinados recursos y materias primas, como maderas, piedra y metales, había originado un comercio con naciones extranjeras que estaba restringido fundamentalmente a este tipo de productos y organizado a nivel oficial por funcionarios dependientes de la administración real. Aunque el mercader (*tamkarum*) era frecuentemente un particular, no solía actuar por cuenta propia y su actividad se inscribe dentro de un conjunto de reglas generales que emanan de las autoridades públicas. Pese a que en Asiria en este período, debido al carácter más tardío y menos centralista de su formación estatal, los límites entre el sector público y el privado son imperceptibles y una misma persona podía actuar en ambas esferas, comerciantes y mercaderes no lo eran tanto por iniciativa propia como por rango o designación. Sus ingresos derivaban de la venta de bienes, sobre los que percibían una comisión y no de las diferencias de precios en la transacción. Estos tomaban la forma de equivalencias establecidas por la costumbre o la autoridad. El mercado como instrumento regulador de los precios mediante la oferta y la demanda no tenía lugar en este tipo de comercio disposicional, convenido o administrativo que fue característico de muchas de las sociedades antiguas. Las mismas autoridades que establecían las equivalencias, garantizaban mediante tratados el libre acceso de los mercaderes y las pertinentes garantías de seguridad y limpieza en las transacciones. Como por ambas partes lo determinante era la necesidad de obtener productos y bienes lejanos todos se mostraban dispuestos a cumplir tales condiciones. Se trataba, en realidad, de un comercio libre de riesgos pues nadie podía arruinarse a causa de las fluctuaciones de los precios, dada la ausencia de mercados creadores de éstos. Todo ello explica que las tablillas procedentes de Kanish apenas aludan a las ganancias y a las pérdidas, y que los precios no sean el centro de interés.

Por supuesto, este tipo de comercio originaba paralelamente la necesidad de producir bienes exportables, que se pudieran transportar fácilmente y no tuvieran dificultades para encontrar salida en países productores o traficantes de las deseadas materias primas, creándose así actividades industriales que utilizaban los abundantes recursos almacenados en los palacios y los templos; pero en Asiria, como se ha visto, la abundancia de recursos naturales ofrecía a la población la posiblidad de ocuparse en diversos oficios.

Esta situación de auge comercial con el Asia Menor se extendió por espacio de aproximadamente un siglo. Luego, una serie de disturbios todavía muy mal conocidos interrumpieron el tráfico de mercancías y el mismo asentamiento de Kanish fue víctima de un incendio.

3. El reinado de Shamshi-Adad I: hacia la expansión territorial

En el último tercio del siglo XIX a.C. la dinastía instaurada por Puzur-Assur

fue destronada en favor de una serie de usurpadores. El primero de ellos fue un tal Naram-Sin, procedente según parece de Eshnunna, que iniciaba ahora una efímera expansión hacia el norte, en la que se ha querido ver la contrapartida de la expedición de conquista que un siglo antes emprendió Ilushuma de Assur hasta Der. Otros autores consideran a este monarca miembro legítimo de la dinastía asiria, pero, en cualquier caso la situación volvió a la normalidad con su sucesor, Erishum II, que restableció la continuidad dinástica. Este fue a su vez destronado por un príncipe amorita de oscuros orígenes: Shamshi-Adad, procedente de un clan nómada que se había afirmado en Terqa, localidad situada sobre el Eufrates medio y aguas arriba de Mari, con la cual entró en conflicto. Posiblemente los disturbios ocasionados por todas estas usurpaciones fueran, en parte, causa de la interrupción del tráfico comercial entre Asiria y el Asia Menor. Allí la actividad de los mercaderes asirios volvió a conocer un nuevo auge durante el reinado de este soberano amorita, para quedar definitivamente interrumpido a su muerte y no volver a reanudarse más.

El reinado de Shamshi-Adad I marca el nacimiento de una nueva época para Asiria, lo que se refleja en la propia titulatura que adopta el nuevo monarca: «rey de la totalidad», en la que aparece ya de manifiesto la reivindicación de la vieja herencia del imperialismo acadio, unida a una renovada voluntad de expansión territorial. Beneficiándose de la prosperidad del pequeño reino y aprovechando las riquezas acumuladas por sus predecesores, Shamshi-Adad se esfuerza desde un principio, apoyado por el ejército reclutado en buena parte entre nómadas amoritas, por acrecentar el poder político de Asiria en Mesopotamia. Durante su reinado los asirios establecieron su hegemonía sobre las localidades del curso alto del Habur y del Eufrates medio. La misma Mari, que controlaba esta última región, cayó bajo su poder, su rey, Iahdun-Lim, fue asesinado, mientras que el príncipe heredero, Zimri-Lim, buscaba el exilio junto al monarca de Alepo. Fue este importante reino occidental el que detuvo la expansión asiria en esta dirección, si bien Shamshi-Adad llegó en el curso de una de sus expediciones hasta el Mediterráneo donde «erigió estelas» según narra una inscripción del soberano, y cortó cedros en el Líbano, aunque tales acontecimientos, en los que seguía las huellas de Sargón de Akkad, no tuvieron ulteriores consecuencias. En el Sureste fue el reino de Eshnunna quien frenó el avance de las tropas asirias, actuando al tiempo como barrera a las ambiciones elamitas. En la Transtigrina la supremacía de Asiria tan sólo fue disputada por los montañeses del Zagros, particularmente los turkenos. Asiria conocía ahora una extensión que la situaba a la cabeza de los estados más importantes del momento; el propio Shamshi-Adad I se nos aparece como la personalidad más destacada de su época.

Una generación antes de Hammurabi de Babilonia, este amorita había creado un imperio centralizado que ocupaba toda la Mesopotamia septentrional, atravesado por varias grandes rutas comerciales y englobando, además del territorio propiamente asirio, el cinturón húmedo que bordea la meseta de Anatolia y los fértiles valles de Habur y del Eufrates, todo lo cual contribuía a asegurar la prosperidad. Tal era la obra de un hombre enérgico, inteligente y voluntarioso, quien, sabedor mejor que nadie de las amenazas que se cernían sobre el imperio de su creación, diseñó una hábil política para su defensa: buscó, así, la alianza de los príncipes del norte de Siria, principalmente del de Karkemish y casó al menor de sus hijos, Yasmah-Adad, con la hija del rey de Qatna, buscando cubrir mejor



Caza con arco y halcón de Jorsabad
(Siglo VII a.C.)

así el flanco occidental de su imperio, al tiempo que le encomendaba el gobierno de Mari. Su hijo mayor, Ishme-Dagan, fue encargado de la administración de Ekallatum, Tigris abajo, desde donde podía vigilar a los siempre inquietos montañeses orientales y al soberano de Eshnunna.

El nuevo estado territorial exigía una reorganización de la administración civil y militar. El territorio fue dividido en una serie de provincias al frente de cada cual se encontraba un gobernador asistido por funcionarios subalternos. La cancillería y los servicios de información fueron organizados con la misma eficacia. Un cuerpo especial de Correos integrado por veloces mensajeros aseguraba la agilidad del sistema. En las ciudades había guarniciones permanentes y para cada campaña se reclutaban las tropas, que disponían ya de material de asedio, tanto entre los sedentarios como entre los nómadas. Para ello, la población era periódicamente censada, trabajo que corría a cargo de oficiales especializados, efectuándose el censo bien a nivel de provincia o, en ocasiones, en todo el reino. Aššur perdió en parte su papel de capital pues el centro de gravedad se trasladó hacia el norte en favor de la recién creada Shubat-Enlil, en el triángulo del Habur, residencia favorita de Shamshi-Adad. Pero tampoco olvidó el monarca el engrandecimiento de los antiguos centros asirios y la vieja capital conoció la construcción de un nuevo templo dedicado a Enlil, mientras que en Nínive se restauraban las ruinas del antiguo santuario de Ištar. Todo ello no era más que expresión de las nuevas corrientes que procedentes de Babilonia, donde él mismo había estado antes de ocupar el trono asirio, inundaban ahora el país bajo la égida de su reinado.

A su muerte su hijo y sucesor, Ishme-Dagan I, tuvo que enfrentarse a la presión progresiva de Eshnunna y el desquite de Zimri-Lim de Mari. El monarca pudo mantenerse en el trono de una Asiria que perdía todos los territorios ganados en el reinado de su padre hasta quedar reducida a sus primitivas dimensiones a expensas de Eshnunna, Mari y Alepo, convertidos ahora en protagonistas. A su muerte, una catástrofe de naturaleza desconocida acentuó definitivamente el declive de Asiria.

4. La época oscura: Asiria bajo el dominio de Mitanni

Con la muerte de Ishme-Dagan concluía la dinastía fundada por Shamshi-Adad I. Después de él, la lista de reyes asirios recoge a un tal Aššur-dugul que es calificado como «hijo de nadie» haciendo clara alusión a su carácter de usurpador. Después de otros seis «hijos de nadie», Adasi, al que los subsiguientes monarcas asirios consideraban como el fundador de su dinastía, restableció temporalmente la legitimidad dinástica. Corrían malos vientos para Asiria: Hammurabi de Babilonia combate una y otra vez contra los «subarteos», como siguen conociéndoles las fuentes meridionales, y un amplio movimiento de tribus hurritas asolaba la Mesopotamia septentrional.

La infiltración hurrita era antigua en la Mesopotamia del norte estando documentada al menos desde el período acadio, pero ahora a los pacíficos colonos se agregaron hordas de hurritas armados, mezclados con elementos indoiranios, que se establecieron en las orillas del Eufrates y amenazaron las fronteras del estado de Mari durante el reinado de Zimri-Lim. Tales movimientos terminaron por afectar a la propia Asiria que a partir de ahora se hunde en un extenso período de oscuridad salpicado ocasionalmente por tenues destellos que no bastan para disipar las penumbras. Parece que la región situa-

da en torno a las fuentes del Habur fue el centro de un territorio hurrita que se extendía siguiendo el Eufrates hacia el interior del Asia Menor. Esta zona fue por tanto el corazón del reino hurrita del Hanigalbat del cual partió la formación del gran estado hurrita de Mitanni, cuya capital, Wassuganni, sigue siendo un enigma para los arqueólogos. El estado de Mitanni alcanzó su florecimiento a mediados del siglo XV a.C. En este tiempo se extendía desde los montes del Zagros al este hasta Siria del norte e incluía, excepto el sur, el país asirio. En éste, la ciudad de Nuzi, antigua Gašur, se nos muestra fuertemente hurritizada; estaba defendida por fuertes muros y fortificaciones especiales y a juzgar por las inscripciones contaba con templos a la diosa Ištar, el dios Nergal y el dios Teshup, siendo la ocupación principal de la población la agricultura.

En Aššur, la sola existencia de siete usurpadores revela una áspera lucha por el poder. Los monarcas posteriores no han dejado trazo alguno en la capital de su paso por el trono, pero la toma del poder por el «usurpador» Shuninua, citado en las listas como el décimo monarca después de Adasi, podría aludir muy bien al comienzo del dominio total de los mitanios sobre Asiria. A partir de ese momento, los príncipes locales no serían más que vasallos del poderío hurrita. A partir de Ishme-Dagan II, estos príncipes comienzan a dejar en Aššur un cierto número de inscripciones conmemorativas de construcciones lo que es síntoma de una situación económica no del todo mala. Uno de ellos, Puzur-Aššur III, reconstruyó las murallas de Aššur y, aprovechando un relajamiento circunstancial de la supremacía mitania, procedió, cual si se tratara de un soberano independiente, a una delimitación, de común acuerdo con el casita Burnaburiash I que reinaba en Babilonia, de la frontera común entre ambos estados. Pero las veleidades independentistas de Asiria tuvieron un corto alcance; el rey de Mitanni, Saustatar, se apoderó de la capital asiria y redujo a sus gobernantes al papel de tributarios con una autoridad mermada que ni siquiera alcanzaba a Nínive. A partir de las últimas décadas del siglo XV a.C., el progresivo debilitamiento de Mitanni, desgastado por las guerras contra Egipto y los hititas, favoreció un lento renacimiento asirio. Aššur-bel-nisheshu actuaba de nuevo como un soberano independiente al concluir un acuerdo fronterizo con el babilonio Karaindash y su sucesor, Aššur-remnisheshu, restauraba una vez más las murallas de la capital.

Los reyes asirios intentaron utilizar el debilitamiento de Mitanni para restablecer la independencia de su país. Con este fin establecieron relaciones diplomáticas con el lejano Egipto. El rey asirio Aššurnadin-ahhe II inicia una activa política exterior enviando a sus embajadores a Egipto y recibiendo del faraón Amenhotep III una importante ayuda material de 20 talentos de oro. Algo más tarde, Aššur-uballit I trataba de igual a igual con Akhenaton, intervenía directamente en la guerra civil que había estallado en Mitanni, que tuvo que devolver incluso las puertas de plata y de oro que Saustatar se había traído de Aššur como trofeo, y realizaba una campaña en Babilonia, donde instauró en el trono a su familiar Kurigalzu II, consolidando de esta forma la influencia de Asiria en la parte Noroeste y Norte de Mesopotamia.

Después de un prolongado eclipse, Asiria emergía con fuerza renovada. Aššur-uballit había liberado definitivamente el país del yugo mitanio, se había anexionado incluso algunos de los territorios limítrofes que habían formado parte del estado hurrita y había recibido del faraón egipcio el oro que necesitaba para la construcción de su palacio.

II. El reino medio y el primer imperio

1. El reino medio y el primer imperio asirio

Por oposición a la vieja época de Shamshi-Adad I, conocida también como el «antiguo reino asirio», el período inaugurado por la enérgica política de Aššur-uballit suele conocerse bajo la denominación de «reino asirio medio». A partir de ahora se inician una serie de tendencias que cristalizarán en la aparición del primer imperio asirio bajo la enérgica personalidad de Tukulti-Ninurta. Durante el siglo XIV a.C., Asiria había emergido al ruedo de la política internacional en calidad de una gran potencia, pero aún existían importantes obstáculos que despejar. Ante los sucesores de Aššur-uballit se planteó el difícil problema de garantizar la seguridad de las fronteras y de las principales rutas caravaneras. Tras la victoria sobre Mitanni, los caminos hacia Occidente habían quedado libres restando tan sólo apoderarse de los pasos del Eufrates y abrir las rutas hacia Siria. Precisamente en las estepas occidentales comenzará a aparecer ahora, como una nueva amenaza en el horizonte que pesaba nuevamente sobre la seguridad de Asiria y su territorio, las tribus de nómadas arameos causantes de graves perjuicios. El este tenía también una gran importancia para los monarcas asirios que aspiraban a controlar los pequeños principados del Zagros y los caminos que llevaban hacia la planicie iraní, por lo cual entraron además en conflicto con Babilonia, celosos los soberanos kasitas del poderío creciente de su vecino septentrional.

El nuevo poder de Asiria se pone pronto de manifiesto con la intervención de Adad-nirari I (1307-1275 a.C.) en el Hanigabalt, estado hurrita situado ahora bajo la protección de los hititas. En el curso de estas campañas —antes el rey asirio se había enfrentado a Babilonia consiguiendo una rectificación de fronteras— Adad-nirari avanzó en profundidad hacia Occidente alcanzando el Eufrates en Karkemish y penetrando en la misma Siria con lo que controlaba la importante ruta comercial que unía la Mesopotamia del norte con el Asia Menor y con los importantes puertos del litoral mediterráneo. Con estas conquistas el rey asirio que significativamente recupera el viejo título de «rey de la totalidad» usado anteriormente sólo por Shamshi-Adad I, inaugura una política expansionista que facilitaba al mismo tiempo la creación alrededor de Asiria de una zona de seguridad que reforzaba su posición estratégica manteniéndola, por el momento, a salvo de invasiones.







Cilindros/sellos del período asirio medio con un texto cuneiforme que indica el nombre de su propietario

Esta política expansionista fue proseguida por su sucesor, Salmanasar I (1274-1245 a.C.) quien se enfrentó por primera vez a un nuevo enemigo que aparecía ahora: Urartu, federación de tribus montañesas septentrionales de los territorios colindantes con Asiria y germen del poderoso estado con el que más tarde se enfrentarán de nuevo los reyes asirios. Después de una rápida victoria en el norte, Salmansar interviene de nuevo en el Hanigalbat llegando como su predecesor hasta Karkemish a la que obligó a reconocer nuevamente el dominio de Asiria. Todos los territorios situados al este del Eufrates quedaban ahora en poder de Asiria, el estado hurrita del Hanigalbat, sucesor del desaparecido imperio de Mitanni, se eclipsó para siempre, y los hititas, ante el avance incontenible de Asiria, se esforzaban por conseguir la alianza de Egipto. Salmanasar construyó una nueva capital para Asiria en Kalah, cerca de la desembocadura del Zab Superior en un lugar donde se cruzaban importantes rutas comerciales y militares que se dirigían por el este hacia el Zagros, por el norte hacia el país de Urartu, y por el noroeste hacia el Hanigalbat, esto es: precisamente los escenarios de las conquistas asirias. Durante el reinado de Salmanasar se observa un especial aumento de las formas de crueldad aplicadas a las operaciones bélicas. Empalamientos, degollaciones y otros horrores semejantes serán a partir de ahora prácticas cada vez más frecuentes de los ejércitos asirios al tiempo que la guerra adquiría un carácter marcadamente religioso, que sin duda habla en favor de una pronunciada influencia de la élite sacerdotal. El dios Aššur se ha convertido en el señor de la guerra proporcionando de esta manera una justificación ideológica al cada vez más descarado expansionismo asirio.

La política de conquistas llegó a su paroxismo con Tukulti-Ninurta I (1244-1208 a.C.) verdadero creador del primer imperio asirio. El nuevo monarca realizó una serie de campañas al este y sureste, a las regiones elamitas, así como también al oeste y suroeste, a los países de Hana, Mari y Rapiju, y a los montes de Ahlam, situados al oeste del Eufrates. Se volvió después contra los países del alto Tigris atacando el reino de Alzi y penetrando en el país de Nairi, en torno al lago Van, donde se estaban poniendo los cimientos del futuro poderío de Urartu. En el curso de esta campaña el rey asirio atravesó el Eufrates y tomó prisioneros hititas en la orilla occidental lo que provocó un grave incidente diplomático y el aumento de la tensión entre Asiria y el imperio hitita que procuraría cerrarle el mercado sirio. Todas estas conquistas no sólo tenían la finalidad de crear alrededor del territorio asirio una zona de seguridad cada vez más amplia, en realidad perseguían importantes objetivos económicos pues aseguraban, además del saqueo y los tributos impuestos a los vencidos, el acceso hacia la meseta irania y las fuentes de aprovisionamiento del estaño, por una parte, y a la rica cuenca cuprífera de *Ergani maden*, por la otra.

El reinado de Tukulti-Ninurta I habría de conocer también la guerra contra Babilonia. La cuestión venía ya de antiguo y una serie de anteriores rectificaciones de fronteras dan prueba de ello. Parece que la expansión de Asiria hacia las regiones montañosas del este por las que pasaban las rutas que conducían a las principales fuentes de aprovisionamiento de materias primas, metales, piedras y maderas de construcción, perjudicaba gravemente los intereses económicos de Babilonia al desviar los asirios el comercio de estas regiones hacia sus propios mercados. La pugna por el control de estos territorios había determinado la hostilidad entre Asiria y Babilonia, pero ésta última no había podido prestar demasiada aten-

ción al frente asirio a causa del conflicto que paralelamente mantenía con el país de Elam. Concluido éste, al menos temporalmente, como consecuencia de los disturbios dinásticos que agitaban el trono elamita, estalla la guerra. La victoria asiria fue total: Tukulti-Ninurta conquistó y destruyó Babilonia, sus habitantes fueron muertos o deportados continuando así la política de deportaciones masivas inaugurada por su predecesor Salmanasar, y el rey kasita Kashtiliash IV fue hecho prisionero. A partir de ahora Babilonia era administrada por simples gobernadores que dependían del rey de Asiria.

Con el fruto de todas estas victorias el soberano asirio hizo construir en las proximidades de Assur una nueva capital que llevaba su nombre: Kar-Tukulti-Ninurta. Pese a todo, los éxitos conseguidos estaban comprometidos desde un principio. El ejército asirio reinaba por el terror pero tan pronto como se retiraba de los territorios ocupados la influencia asiria desaparecía de éstos. En el sur, una nueva ofensiva elamita había reducido la presencia asiria tan sólo a la misma ciudad de Babilonia, que terminaría finalmente por perderse ante la ofensiva de la resistencia kasita encabezada por Adad-Shuma-usur quien reconquistó el trono en el 1218 a.C. Estos últimos fracasos, unidos a la megalomanía del soberano asirio y al propio descontento de parte de la nobleza que no veía con buenos ojos el despotismo del monarca, sellaron el trágico fin de Tukulti-Ninurta que pereció en su propia residencia víctima de un complot palaciego en el que al parecer intervinieron sus propios hijos.

Aprovechando la disputa dinástica que estalla en Asiria, que a partir de ahora se sumerge en un siglo de decadencia agotada por los esfuerzos anteriores, Babilonia se toma el desquite y llega a establecer su protectorado sobre el trono asirio. Esta situación habría de permanecer hasta la subida al mismo de Ninurta-apal-Ekur (1192-1178) quien logró liberarse de la tutela impuesta por los babilonios. A partir de ahora los acontecimientos se precipitan: la dinastía kasita que reinaba en Babilonia desaparece bajo los golpes de Elam que en el transcurso de la primera mitad del siglo XII a.C. se ha convertido en la primera potencia militar del Próximo Oriente. Pero la hegemonía elamita fue breve ya que en torno a Isin se organizaba un nuevo poder que tras reconquistar la autonomía perdida llegaría a su apogeo con Nabucodonosor I quien convierte de nuevo a Babilonia en un peligroso rival de Asiria que sólo se recupera nuevamente con la llegada al trono de Tiglat-Pilaser I (1115-1077 a.C.). Con una serie de campañas, en el transcurso de las cuales el rey asirio llegó incluso a la costa mediterránea obteniendo el tributo de las ciudades fenicias de Bilbos, Sidón y Arwad y conquistó una vez más Babilonia y otras ciudades del sur, Tigalt-Pilaser I restauraba el imperio creado por Tukulti-Ninurta. Una vez más, sin embargo, su duración habría de ser efímera; las invasiones arameas se encargarían de imponer un fatal arbitraje en el viejo contencioso asirio-babilonio precipitando a ambos hacia la catástrofe. Los ataques desvastadores de los arameos condujeron al derrumbamiento de Asiria que, debilitada por las prolongadas guerras, perdió nuevamente todas sus conquistas. De este nuevo período de decadencia se conservan pocas inscripciones y documentos.

2. La vida económica y social

La necesidad de desarrollar la economía agricola y hacer frente a los requerimientos militares había condicionado la estructura de la propiedad de la tierra en Asiria, que se repartía entre tierras de la corona, propieda-

des privadas y tenencias concedidas por el rey a particulares. Las tierras de la corona dependían de los diferentes palacios o centros provinciales de administración que disponían de establos, hórreos, silos y almacenes para el material y contaban con un personal compuesto por esclavos prisioneros de guerra y nativos vinculados directamente al poder central. Las tierras privadas, de las que el poder vigilaba celosamente el catastro, eran de una extensión media de unas 3,5 ha. El control del estado, con el prefecto del distrito que recensaba las localidades, no se relajaba en ningún momento, por más que desconozcamos la situación concreta del campesino libre. Algunas tierras concedidas por el rey se encontraban gravadas con cargas militares ya que los monarcas asirios acostumbraban, como sus contemporáneos babilonios, a recompensar los servicios a la corona con un beneficio —*ilku*— en tierras. Durante los siglos XV y XIV a.C. asistimos al encumbramiento de una nobleza terrateniente integrada por una serie de familias que agrandaban sus propiedades a expensas de sus vecinos mediante préstamos hipotecarios en forma de cebada o de estaño. Esta aristocracia parece haber nutrido a la administración provincial y local con altos funcionarios que pasaron a heredar sus cargos. Su origen se encuentra precisamente en la costumbre de los reyes asirios, como otros tantos monarcas orientales, de recompensar a sus dignatarios en tierra, a cambio de un servicio militar que exigía prestaciones personales y financieras muy pesadas. Pronto todos estos nobles se convirtieron en una especie de casta cerrada merced a los matrimonios endógenos que unían a los miembros de las grandes familias. Estas colocaban a sus hijos en los distintos cargos de la administración, en ocasiones bajo sus órdenes directas, y acrecentaban sus recursos mediante la explotación de sus provincias, pues a menudo confundían su actividad por cuenta del estado con sus negocios particulares. Tenían a su disposición grandes dominios dirigidos por intendentes, con un servicio de comercialización y un embrión de aparato administrativo compuesto por escribas y mensajeros. Estas tierras concedidas por la corona a cambio de prestaciones militares eran más extensas que las propiedades privadas y podían ser requisadas si el beneficiario no cumplía con sus obligaciones. Por el contrario, el titular de una de estas concesiones podía vender sus derechos, por ejemplo, para pagar una deuda.

En los palacios provinciales y locales funcionarios específicos, los *bel pahati* y los *hassuhlu* respectivamente, recibían las entregas de corderos y de lana efectuadas por los alcaldes —*hazanu*— de los pueblos, vigilaban los almacenes del material necesario para los trabajos agrícolas de las tierras de la corona y realizaban el censo de las localidades y de los dominios sometidos a su circunscripción. La ganadería constituía, como desde antiguo, uno de los pilares de la economía asiria. En época de Tiglat-Pilaser I aparecen los primeros camellos, pero la generalización de su uso no se producirá hasta más tarde. Como ya se ha dicho la irrigación artificial tenía en Asiria un valor subsidiario y no jugaba un papel de tanta importancia como en la Mesopotamia meridional o en Egipto, lo que a su vez influyó en el desarrollo de las relaciones sociales de dependencia. Pese a ello, los reyes asirios se esforzaban por construir canales y otras obras hidráulicas. Durante mucho tiempo se conservó en Asiria un marcado carácter de economía natural de toda la organización económica y sólo gradualmente el crecimiento de las fuerzas productivas dio vida a la más antigua forma de comercio de trueque. Efectuando activas operaciones comerciales con la población local, los

Zócalo simbólico de Tukulti-Ninurta I, que representa al monarca inmerso en sus obligaciones rituales
(Siglo XIII a.C.)
Berlín, Museo del Asia Anterior

tamkaru asirios a menudo hacían préstamos, lo que habitualmente conducía a la esclavización de los pobres. Aquellos deudores insolventes que no podían satisfacer su deuda a tiempo tenían que «entrar en la casa del prestamista» o sea, pasar a la situación de siervos por deudas, pagando el préstamo con su trabajo personal, aunque el acreedor no tenía derecho a venderle como vendía a sus esclavos. Los deudores insolventes podían librarse ellos mismos de esta servidumbre entregando al prestamista a sus hijos o parientes como garantía. En ocasiones los asirios más humildes escapaban del hambre y de la miseria vendiéndose ellos mismos o entregando a sus hijos como esclavos de una familia acomodada. Las campañas militares eran otra fuente para el aprovisionamiento de esclavos ya que los prisioneros de guerra quedaban automáticamente relegados a esta condición.

En Asiria el desarrollo de la familia patriarcal contribuyó también a la profundización de las contradicciones sociales en el seno de la comunidad local, como resultado de lo cual las mujeres y los miembros jóvenes de la familia se encontraban de hecho en una situación de servidumbre doméstica. La situación de la mujer, al igual que los demás rasgos sociales, nos es conocida por un documento desgraciadamente fragmentario que recopila extractos de un código legal asirio en uso durante los siglos XV y XIV a.C. Según se percibe por estas leyes, el esposo y padre —cabeza de la familia patriarcal—, heredando todos los derechos y todo el poder del señor de la familia, se convirtió en un

dueño sin límites, en un esclavista nato. La esposa no tenía derecho a disponer de los bienes en la casa del esposo y venderlos. Si cogía algo sin autorización su actitud era equiparable al hurto. No poseía ninguna capacidad jurídica y vivía enclaustrada, al menos en las ciudades y entre la gente acomodada, permaneciendo oculta tras un velo sin poder dirigir la palabra más que a un pariente cercano. Ella era la única en el matrimonio que podía ser acusada de adulterio, delito que era asimilado a una forma de atentado contra la propiedad y entonces el marido podía escoger entre el castigo, la muerte o el perdón. El derecho ilimitado a llevar a cabo el juicio y la ejecución del castigo en los miembros de su familia viene señalado por una serie de artículos de la ley. Uno de ellos permitía al marido «golpear a su mujer, arrancarle el cabello, golpear las orejas y apalearla» sin que ello fuera motivo de culpa. En caso de hurto, la víctima decidía ella misma la pena. Como la mujer no disponía de bienes propios la tipificación del hurto era muy amplia. En un artículo de las leyes asirias del siglo XIV a.C. se dice: «Si el esclavo o la esclava reciben alguna cosa de manos de la esposa del hombre, entonces hay que cortar la nariz y las orejas del esclavo y restituir lo robado. El hombre puede cortar las orejas a su esposa. Y si deja libre a su esposa y no le corta las orejas, entonces no hay que cortárselas ni al esclavo ni a la esclava. No hay que reponer lo robado». Pese a que la mujer asiria conservaba el derecho a adoptar sin la autorización de su marido, su manifiesta situación de subordinación aparece indicada en otro artículo de la ley, que exigía que la mujer en el caso de ausencia sin noticias del esposo tuviera que aguardarle durante cinco años. La difícil situación de la mujer se agravaba en caso de disolución del matrimonio, pues, en la práctica, el divorcio sólo podía ser solicitado por el marido. Cuando éste se llevaba a cabo la mujer recibía de su esposo una compensación estipulada en el contrato de matrimonio, pero la ley autorizaba al marido a repudiar a su mujer sin la indemnización establecida para el divorcio, en cuyo caso: «si el hombre deja a su mujer, si lo encuentra necesario, puede darle algo, si no lo encuentra necesario puede no darle nada. Tiene entonces que marcharse con las manos vacías». Igualmente el esposo podía entregar a su mujer como garantía ante un acreedor. El aborto provocado era castigado con el empalamiento. En los harenes reales una estrecha vigilancia y una absoluta desconfianza que impedía la entrada a cualquier persona salvo a las mujeres y a unos cuantos eunucos, encerraba a esposas y concubinas en una auténtica prisión dorada.

Semejantes poderes ilimitados tenía el padre respecto a su hija. La ley le permitía castigar a su hija a su modo. Las hijas eran consideradas siervas de su padre quien poseía el derecho a venderlas como esclavas. Además, la ley preveía un determinado «precio de la moza». Así, el tentador y el violador tenían que pagar al padre «tres veces el valor de la moza en plata». Contratos conservados registran hechos de venta de una moza por 16 shekels de plata (cerca de 134 gr.). La familia patriarcal se consolidaba y fortificaba en Asiria gracias a las costumbres de primogenitura y levirato. El hijo mayor según el derecho del primogénito recibía la mayor parte de la herencia, habitualmente las dos terceras partes, además una tercera parte la podía coger según su elección y el segundo tercio lo recibía por sorteo. Pero la particularidad más interesante de la familia asiria es la del *levirato*, costumbre documentada también en la antigua Palestina, y entre los hititas y los hurritas de Nuzi, y que parece haberse practicado en Asiria en mayor escala que

entre los propios hebreos. Según ello, la viuda podía ser entregada como esposa a uno de los hermanos de su marido, o incluso a un hijo de su marido, nacido de otra mujer. Un artículo especial de la ley permitía al suegro de la mujer tomar por esposa a la viuda del difunto hijo, excepto, según parece, en caso de que existiera otro hijo que tuviese la obligación de tomar como esposa a la viuda de su difunto hermano. Esta costumbre del levirato que en ocasiones se pretende interpretar como un gesto de caridad hacia la viuda, no enmascara su absoluta dependencia del marido y la familia de éste y su total subordinación dentro de la familia patriarcal.

La sociedad asiria se dividía en hombres libres, siervos y esclavos. A la aparición de las relaciones esclavistas contribuían en gran medida las continuas guerras y la ampliamente difundida servidumbre por deuda. Si bien las leyes establecían la prohibición de convertir en esclavos a los asirios nativos, es poco probable que estas disposiciones, que ablandaban un tanto las duras formas de la explotación esclavista, se llevasen siempre a la práctica. A juzgar por los documentos, los asirios de hecho caían en la esclavitud finalmente si no pagaban a tiempo su deuda. Es preciso, sin embargo, distinguir entre las formas de esclavitud o servidumbre doméstica y la condición de los esclavos prisioneros de guerra cuya situación se encontraba mucho más deteriorada y que trabajaban en las explotaciones dependientes de la corona. Un importante desarrollo de la esclavitud doméstica y de la servidumbre por deudas lo atestigua el artículo de la ley que prohibía, hasta que se efectuase la división de bienes entre los hermanos, que cualquiera de ellos mate a «seres vivos». Esta matanza de los «seres vivos» se permitía tan sólo al propietario de los «seres vivos», y bajo estas palabras el legislador por lo visto entendía que se trataba de esclavos domésticos y servidumbre, así como también del ganado, dotado en igual medida de un «alma viva» —*napishtu*—. No deja de ser interesante que la antigua palabra hebrea *nefesht*, similar a ésta, signifique también esclavo doméstico y ganado.

Al margen de los esclavos el pueblo llano, la gente sencilla y humilde, formaba la clase de los *hupshu*, término con el que se designaba a pequeños campesinos o artesanos que vivían en las cercanías de las localidades, y con los que se formaba la infantería de los ejércitos. Eran gentes de condición semi-libre y de origen bastante heterogéneo sobre los que descansaba la doble presión fiscal y militar, hasta el punto de que su número irá mermando con el tiempo, haciendo necesario, como veremos, la búsqueda de soluciones para restablecer la condición de estos pequeños agricultores. Desgraciadamente el estado fragmentario en que nos ha llegado la legislación asiria de este período no nos permite dibujar un cuadro completo de las relaciones sociales, por lo que únicamente podemos identificar sus grupos más característicos.

Llama la atención durante esta época lo que muy bien se podría denominar como un endurecimiento de las costumbres en una sociedad cuya mentalidad había sido alterada por el estado casi permanente de guerra. Las leyes ya aludidas, que reflejan un período de gobierno estable sobre una comunidad predominantemente agraria, contienen penas y castigos cuya severidad pone los pelos de punta al observador más distanciado. Las condenas a trabajos forzados eran frecuentes y los suplicios horribles: empalamientos, torturas y mutilaciones diversas abogan en favor de una insensibilidad de la sociedad al tiempo que la ideología guerrera, santificada ideológicamente y detectada desde tiempos de Salmanasar I, recibía ahora su fundamento jurídico.

III. El reino reciente y el nuevo imperio

1. El reino asirio reciente y la formación del nuevo imperio

La avalancha de las invasiones de los arameos hundió a Asiria, tras el reinado de Tiglat-Pilaser I, en un período de oscuridad y retraimiento que supuso un esfuerzo titánico por la supervivencia nacional. Pese a que la continuidad dinástica estuvo asegurada durante todo este tiempo los reyes asirios permanecían impotentes ante la dureza de los acontecimientos. Con todo, el futuro poderío militar de Asiria comienza a forjarse lentamente durante este período de resistencia desesperada, sin que ello signifique, como en demasiadas ocasiones se ha pretendido, querer encontrar una justificación defensiva al posterior imperialismo asirio. Llevando este argumento tantas veces invocado a su máxima exageración se podría pensar que el imperio asirio, como otros tantos, se formó básicamente por razones de seguridad, ocultando así los verdaderos objetivos de una política agresiva y expansionista.

Asiria comienza a salir de la oscuridad provocada por las invasiones arameas —la sola falta de documentos es ya de por sí un mal síntoma— durante el reinado de Aššur-dan II (934-912 a.C.), pero fue su hijo y sucesor, Adad-nirari II (911-891 a.C.) quien emprendió la restauración del reino. A partir de ahora la progresiva recuperación de Asiria tiene mucho que ver con la expansión de la metalurgia del hierro lo que condujo al aprovisionamiento del ejército con un nuevo y más perfeccionado armamento que contribuía a restablecer el poderío militar de los asirios. Al mismo tiempo nuevas tácticas militares explican el cambio de la situación: se había renunciado a las rápidas cabalgadas de los tiempos de Tiglat-Pilaser I que permitían a los nómadas, dispersados momentáneamente, volver a reagruparse en la retaguardia para adoptar métodos de hostigamiento continuo sobre un espacio reducido, volviendo a la guerra de asedio. Por lo demás, la guerra se convertía de nuevo en un negocio rentable permitiendo cubrir la escasez de materias primas y de mano de obra. La guerra de conquista alcanzó otra vez su paroxismo durante el reinado de Aššurnarsipal II (883-859 a.C.) quien se distinguió por su fiereza y crueldad. Como sus predecesores guerreó en el norte, particularmente en el país de Nairi, y en varias campañas derrotó a las tribus arameas que se habían establecido en el norte de Siria despejando así las rutas caravaneras que a tra-

vés de la estepa sirio-mesopotámica conducían hacia las ciudades comerciales del litoral mediterráneo. Sus conquistas se resumen siguiendo los grandes ejes, desde el Tigris hasta el Líbano y el Mediterráneo, desde el Eufrates hasta Rapiqu, desde Nairi al Zab Inferior y al país de Zamua. El engrandecimiento del reino fue celebrado con la construcción de una nueva capital-residencia en Kalah. Su sucesor en el trono, Salmanasar III (858-824 a.C.) continuó esta política de conquistas prestando una especial atención a los países del occidente mediterráneo. Tras la conquista de Til-Barsip, capital del principado arameo de Bit-Adini, situada sobre el Eufrates a unos veinte kilómetros de Karkemish, Salmanasar se aseguraba la influencia de Asiria sobre el valle del gran río hasta Babilonia. Pese a su empeño, el monarca asirio no pudo consumar su proyecto de conquista de las ciudades y principados occidentales. Después de algunos intentos el encuentro definitivo tuvo lugar en Qarqar, a orillas del Orontes en el 853 a.C. entre el ejército asirio y la coalición sirio-palestina apoyada por Egipto. Al margen del tono triunfalista de las inscripciones fue una derrota de Salmanasar, como confirman los cinco intentos posteriores. Después de todas estas guerras, Damasco, el principal obstáculo, continuó firme y las ciudades fenicias aunque terminaron por pagar el tributo exigido no perdieron su autonomía; Salmanasar hubo de renunciar por fin a sus sueños de conquista de los países mediterráneos. Las restantes actividades militares de su reinado le vinieron prácticamente impuestas por la fuerza de los acontecimientos. Una intervención en Babilonia fue motivada por una querella dinástica y a petición de una de las partes interesadas, el soberano legítimo, y las campañas en el país de Nairi, donde se formaba el estado de Urartu, fueron al parecer motivadas por la necesidad



El obelisco negro de Salmanasar
(Siglo IX a.C.)
Museo Británico

«En el decimoctavo año de mi gobierno crucé el Eufrates por decimosexta vez. Hazael de Damasco confió en su numeroso ejército y convocó sus tropas en gran número, haciendo del monte Senir, un monte que mira al Líbano, su fortaleza. Luché con él y le infligí una derrota, pues maté a espada a dieciseismil de sus expertos soldados. Le arrebaté mil ciento veintiún carros, cuatrocientos setenta caballos de monta y su campamento. Huyó para salvar su vida, pero le seguí y le sitié en Damasco, su residencia real. Allí talé sus jardines en el exterior de la ciudad y me fui. Marché hasta las montañas de Haurán, destruyendo, demoliendo e incendiando innumerables ciudades, y les arrebaté un botín imposible de calcular. Marché también hasta las montañas de Bali-rasi, junto al mar y eregí allí una estela con mi imagen como rey. Entonces recibí el tributo de los habitantes de Tiro, Sidón y de Jehu, hijo de Omrí.»

(Fragmento de la crónica de Salmanasar III de acuerdo con las llamadas «inscripciones monolíticas», *ANET*, 280)

de contener la presión de estas poblaciones montañesas.

Los últimos años de su reinado Salmanasar habría de conocer una crisis interna que asolaría su reino. El monarca parecía no encontrarse seguro ni aún en su capital, Kalah, fortificada con murallas, pues hizo construir una poderosa fortaleza en las afueras donde residía habitualmente. Una revuelta nobiliaria perturbaba gravemente la estabilidad interna de Asiria. Esta crisis, que había comenzado con una revuelta de la pequeña nobleza contra los altos dignatarios que ostentaban los cargos más importantes del Estado, y que en ocasiones adquirió los tintes de una guerra civil, habría de prolongarse durante los cinco reinados siguientes, paralizando la actividad de los ejércitos asirios en el exterior y favoreciendo así las intenciones de los reyes de Urartu, la intervención de Babilonia y la virtual independencia de los antiguos tributarios de Asiria.

Después de ochenta años de aguda crisis interna agravada con la pérdida de la ruta metalífera de Anatolia ante el incontenible avance de Urartu, la llegada al trono de un enérgico advenedizo marcó el inicio de la restauración de la grandeza asiria. Tiglat-Pilaser III (744-727 a.C.) auténtico fundador del nuevo imperio asirio, reanuda la tradicional política expansionista de sus más gloriosos predecesores. Su principal adversario era el rey de Urartu, quien acababa de apoderarse de los países sirios a sus expensas, pero antes de decidirse atacar en el norte, el rey asirio emprendió el camino de Babilonia donde los soberanos de la nueva dinastía caldea pugnaban por imponer su autoridad. Las tribus arameas y caldeas que representaban un peligro para la estabilidad del reino tuvieron que someterse y la sumisión de Babilonia fue completada con el restablecimiento de la autoridad de Asiria en los países orientales, incluyendo Parsua y el país de los medos. Luego el rey asirio se volvió contra Urartu cuya capital, Tushpe, a orillas del lago Van fue, incluso asediada en el curso de posteriores campañas, y aunque no pudo conquistarlo lo debilitó lo bastante como para restablecer la autoridad de Asiria en los países montañosos del norte, en particular en la región del Tauro armenio. Asegurada la frontera septentrional, Tiglat-Pilaser III se volvió contra los principados arameos del noroeste que bloqueaban el camino hacia Siria y el Mediterráneo. Después de una victoria decisiva que tuvo el efecto de disolver la coalición aramea y precipitar la sumisión de los países occidentales, el rey de Asiria tuvo que centrar nuevamente su atención en Urartu y penetrar en el país de los «poderosos medos». Restablecida la situación en el este, concluyó la conquista de Damasco y Palestina en cuyo litoral las ciudades fenicias eran ya tributarias de Asiria. Finalmente le llegó el turno

a Babilonia que fue anexionada al imperio bajo la fórmula de una doble monarquía asirio-babilonia encarnada por el mismo monarca. Tiglat-Pilaser reinó en Babilonia bajo el nombre de Pulu queriendo así resaltar la autonomía del reino meridional, y apoyándose en el influente sacerdocio babilonio.

El reinado de este monarca asirio significa una transformación en la tradicional política de expansión asiria. A partir de ahora, los territorios conquistados fueron incluidos «en los límites del país de Aššur» y distribuidos en provincias bajo la autoridad de los *bel pihati* que disponían de guarniciones permanentes y estaban encargados de percibir los impuestos. Ello significaba, en realidad, la ocupación permanente frente a la antigua usanza de expediciones ofensivas destinadas a quebrantar el poder militar de los enemigos, conseguir botín y convertirlos en tributarios, aunque manteniendo su independencia. La antigua táctica se había manifestado nefasta en muchas ocasiones ya que los vencidos aprovechaban cualquier debilidad del poder asirio para revolverse por lo que continuamente había que comenzar de nuevo. Ahora las guarniciones asirias que permanecían en los territorios ocupados garantizaban la fidelidad de los sometidos. El ejército fue así mismo reformado y de este tiempo datan los primeros elementos importantes de un ejército permanente que tuvo sus orígenes en la guardia real y acogía numerosos contingentes extranjeros. Con el fin de asegurar la estabilidad interna de un imperio que abarcaba todas las tierras del creciente fértil, Tiglat-Pilaser recurrió a una activa política de deportaciones como medio de romper la cohesión nacional de las comarcas y países conquistados, tanto allí de donde provenían los deportados como en donde se les colocaba entre los nativos. Estos deportados constituían, especialmente en las fronteras del imperio, la población de las nuevas fortalezas, sin raíces ni contactos en la comarca. Parece que toda esta enorme mezcla de poblaciones contribuyó en gran medida a la arameización del territorio.

El corto reinado de su sucesor, Salmanasar V (727-722 a.C.), se caracterizó por la continuación de la doble monarquía asirio-babilonia —el rey asirio reinó en Babilonia bajo el nombre de Ululai— y el aplastamiento de una revuelta en Palestina donde Samaria fue destruida e Israel convertida en provincia asiria. Acontecimientos posteriores hacen pensar que se anexionó Cilicia, pero no poseemos ninguna prueba contemporánea entre otras cosas porque no conservamos inscripción alguna de su reinado. Incluso el final de su breve paso por el trono se encuentra velado por la sombra.

2. El imperio de los sargónidas

A la oscura desaparición de Salmanasar V siguió la violenta subida al trono de un usurpador, Sargón II (721-705 a.C.) si es que lo uno no fue causa de lo otro. Su propio nombre —en asirio *Sarrukin*, cuyo significado es el de «rey legal»— pretendía justificar una situación impuesta por la violencia. Distraido en calmar la agitación interna mediante medidas de exención fiscal no pudo impedir que a comienzos de su reinado Babilonia se independizase bajo la égida del caldeo Merodac-Baladán apoyado por el poder elamita que resurgía tras un temporal eclipse, mientras una revuelta patrocinada por Gaza y Hama sacudía Siria. Aunque no pudo apoderarse de Babilonia, aplastó a la coalición siria y pudo dirigir entonces su atención hacia Urartu. Allí obtuvo Sargón una victoria definitiva gracias a la ayuda indirecta que le proporcionaban los Cimerios, quienes saliendo del Caúcaso atacaban la retaguardia

del reino de Urartu y los parajes del lago de Urmia. Parte del resultado de esta campaña triunfal fue el saqueo de Musasir, el sometimiento del país de Mannai, el cual después de Urartu ocupaba uno de los lugares más destacados entre los llamados países de Nairi, y la afirmación de la autoridad asiria sobre las regiones de los maneos, los medos y Parsua.

Finalmente le llegó su turno a Babilonia que cayó en sus manos el 710 a.C. restaurándose la doble monarquía inaugurada por Tiglat-Pilaser III y apoyándose de nuevo en el sacerdocio de esta ciudad. Jamás el estado asirio había conseguido un poderío semejante lo cual fue celebrado con la construcción de una nueva capital, Dur-Sarrukin, la actual Jorsabad, a unos dieciséis kilómetros al norte de Nínive. Incluso el lejano Chipre reconoció el poderío del soberano asirio y le envió un tributo.

Durante el reinado de Senaquerib (705-681 a.C.) el territorio del imperio asirio se amplió aún más. El nuevo rey de Asiria hubo de enfrentarse una vez más con otro intento de recuperar la independencia por parte de Babilonia en donde Merodac-Baladán se había hecho de nuevo con el poder. Tras una serie de campañas, durante las cuales se consiguió la sumisión de nuevas y más lejanas tribus medas, el monarca asirio pudo restablecer la situación situando en el trono babilonio a su propio hijo mayor, el príncipe heredero. Más tarde la ciudad se sublevó de nuevo con el apoyo de Elam y fue castigada con la destrucción, el saqueo y la muerte o deportación de sus habitantes, al tiempo que una coalición oriental dirigida por los elamitas era rechazada por las tropas asirias.

También en el Occidente conoció serias dificultades el reinado de Senaquerib: los pequeños reinos y principados de Fenicia y Palestina, instigados como siempre por Egipto que veía con malos ojos el crecimiento del poderío asirio, promovieron una sublevación generalizada. Una resistencia tenaz sostuvieron Judea y las ciudades próximas al litoral, pero ni la ayuda militar de Egipto pudo impedir la represión desencadenada por el ejército asirio en el curso de la cual la ciudad marítima de Ascalón fue destruida, el territorio de Judá desmembrado y el tributo de las ciudades fenicias renovado.

Las grandes riquezas obtenidas durante todas estas guerras permitieron a Senaquerib construir la que sería última capital del imperio asirio, Nínive, ciudad santa que ya antes había sido capital de distrito. No obstante, el poder de Asiria era más aparente que real como pone de manifiesto la permanente necesidad de recurrir a soluciones militares para mantener el orden en el imperio. Además, estaba el espinoso problema sucesorio. El heredero de Senaquerib había perecido como consecuencia de la última revuelta de Babilonia lo que desató las intrigas palaciegas entre los posibles candidatos al trono y sus partidarios. Finalmente la designación recayó sobre su hijo más joven, Asarhadón, lo que provocó una conspiración alentada por sus hermanos mayores que terminó con la vida de Senaquerib. Pese a todo, Asarhadón (881-668 a.C.) consiguió sentarse en el trono tras reprimir con energía y en breve tiempo el conato de guerra civil que se había suscitado tras el asesinato de su padre. Inmediatamente, apoyado por el clero babilonio, inició los trabajos de reconstrucción de la ciudad destruida por su padre y restituyó a los babilonios, vueltos a su ciudad, así como a los habitantes de Nippur, Borsippa y Sippar, sus antiguos privilegios económicos y comerciales. Para consolidar definitivamente el dominio de Asiria en Siria del sur, Fenicia y Palestina, donde la inquietud alentada por Egipto comenzaba a aparecer de nuevo, Asarhadón, al término de una serie de represalias que



Sargón II en un relieve procedente de Jorsabad
(Siglo VII a.C.)
Museo del Louvre

supusieron la destrucción de Sidón y el final de la autonomía de Tiro que perdía ahora sus territorios continentales (Pettinato, 1975, 145 ss), emprendió la difícil tarea de asestar un golpe demoledor al país de los faraones. Finalmente en el año 671 a.C. las tropas asirias consiguieron abrirse paso a través del desierto y penetrar en Egipto apoderándose de Menfis. En la mayor parte de los casos, los asirios se contentaron con reforzar, contra la monarquía de origen etíope, los poderes de los jefes locales, a los que se ascendió el rango de reyes y a cuyo lado se instalaron funcionarios y gobernadores asirios. No es tampoco descartable que Asarhadón intentara lograr el apoyo de la población egipcia, presentando su campaña de conquista como la liberación de Egipto del yugo etíope. En todo caso, el rey asirio se enorgullecía de haber arrancado «la raíz de Etiopía de Egipto». En el norte y el este, Asarhadón continuó la lucha con las poblaciones vecinas del Transcaúcaso y la meseta medo-iraní. Los «guteos inaccesibles» parecen haberse convertido en los más turbulentos vecinos orientales y desde las orillas del lago Urmia descienden hasta Zamua, interceptando el tráfico de caballos entre Parsua y Asiria. En la meseta, este peligro se unía al de los medos por lo que desde la frontera de Elam a la de Urartu se erigió una especie de marca integrada por cierto número de fortalezas. En el norte, cimerios y escitas no dejaban de inquietar tampoco al rey de Asiria.

Por una paradoja del destino Asarhadón hubo de enfrentarse a las mismas dificultades dinásticas que conoció su padre. Muerto su hijo mayor prematuramente decidió al fin dividir el imperio entre sus dos hijos mayores, escogiendo al menor, Aššurbanipal, heredero del trono de Asiria, mientras su hermano mayor permanecía como regente de Babilonia. Tal elección tuvo el efecto de levantar una violenta oposición en los medios de la corte y el clero hasta el punto de que se vio obligado a pasar por las armas a numerosos dignatarios del reino. Finalmente la muerte le sorprendió camino de Egipto adonde se dirigía de nuevo para sofocar las revueltas que habían estallado tras su partida.

Aššurbanipal (668-627 a.C.) fue el último rey importante del imperio asirio siendo la cronología de su reinado aún indecisa. Parece ser que la enérgica intervención de la reina madre conjuró la oposición hacia el nuevo monarca, que se hallaba preocupado por la inestable posición de Asiria en Egipto. La fragilidad del imperio quedó de manifiesto cuando su hermano, Šamaš-šumukin, rey de Babilonia, se sublevó contra la autoridad de Asiria buscando la alianza de Egipto, las tribus árabes y los principados sirios y los reyes de Elam, que ya se habían enfrentado anteriormente con Aššurbanipal. Para destruir definitivamente los ejércitos elamitas el soberano asirio asestó un golpe demoledor a este país, cuya capital, Susa, fue devastada, lo que le valió de paso la sumisión del país de Parsua entre otros estados vecinos, y cuyo rey Ciro I envió entonces a Nínive a su propio hijo en calidad de rehén. Babilonia fue así mismo asaltada y el hermano del rey de Asiria pereció al parecer durante el incendio de la ciudad. Mientras tanto Egipto, aprovechando las dificultades de Asiria, se había sublevado una vez más: un príncipe local gobernador de Saís de nombre Necao, en quien los asirios habían por lo visto depositado su confianza, sentaba las bases de un poder egipcio independiente. Su hijo, Psamético, consiguió por fin sacudirse la tutela asiria creando un estado egipcio independiente. Presa de las dificultades, Aššurbanipal no pudo restablecer la autoridad de Asiria en el país del Nilo y con trabajo logró únicamente mantener el control político

sobre Siria y Fenicia. En el norte, el rey de Urartu se esforzaba ahora por cultivar la amistad con Asiria lo que no podía ser sino un síntoma inquietante de la agitación de cimerios y escitas, signos precursores de las tumultuosas migraciones que, asolando el Asia Menor, habrían de propiciar la definitiva desaparición de este reino.

Aššurbanipal fue un hombre al que la guerra no había hecho perder sus inquietudes intelectuales cultivadas desde su más temprana juventud. Fruto de ellas fue el deseo de aprender y el orgullo de conocer que el monarca conservará toda su vida. La mejor prueba de ello radica en la gran biblioteca que hizo reunir en su palacio, donde los arqueólogos han rescatado más de 20.000 tablillas, y que contenía el tesoro cultural y científico de su tiempo. El monarca, quien incluso dominaba el sumerio, lengua mucho tiempo atrás desaparecida y por tanto patrimonio exclusivo de los sabios y eruditos, se encargaba personalmente de la organización de su biblioteca buscando y encargando copias de documentos y textos antiguos o desaparecidos, solucionaba complejos problemas matemáticos y trataba frecuentemente con los sabios de su época.

«En mi primera campaña marché contra Egipto y Etiopía. Taharka, rey de Egipto y Nubia, a quien Asarhadón, rey de Asiria, mi propio padre, había derrotado y en cuyo país él mismo había gobernado, este mismo Taharka olvidó el temor a Aššur, Ishtar y los otros grandes dioses, mis señores, y puso su pie sobre su poder. Se revolvió contra los reyes y regentes que mi padre había apoyado en Egipto. Entró en Menfis y fijó allí su residencia, la ciudad que mi propio padre había conquistado e incorporado al territorio de Asiria. Un correo urgente llegó a Nínive a relatármelo.»

(Inscripción de Aššurbanipal del denominado Cilindro Rassam, *ANET*, 294)

3. La destrucción del imperio asirio

La falta de documentos hace que el final del reinado de Aššurbanipal se encuentre rodeado por la oscuridad. Después de él, el imperio se desmorona, pero muchos de los males venían de atrás. De hecho, el imperio carecía de unidad: muchas de sus partes no mantenían una sólida relación económica entre sí, la unidad lingüística se había realizado a expensas del asirio y en favor del arameo y la activa política de deportaciones había contribuido de manera importante a diluir en gran medida la etnia siria quebrando el espíritu de cohesión nacional. La influencia cada vez más notoria de divinidades, como las babilonias, ajenas al panteón asirio era un claro signo de los tiempos que corrían. Ante este panorama, la unidad del imperio descansaba básicamente en la persona del soberano a cuyo servicio estaban todos obligados y a quien todos debían dar fe de su obediencia y lealtad mediante juramento. Cuando el rey era enérgico y respetado, el estado permanecía fuerte, pero si era débil y su autoridad discutida arrastraba con su debilidad al resto del imperio.

Los últimos reyes asirios no consiguieron imponer su autoridad y se sucedieron en el trono a un ritmo casi vertiginoso. Aprovechando la crisis dinástica, provocada al parecer en parte por el poder militar, Babilonia se independiza definitivamente con Nabopolasar, y los cimerios, rechazados de la frontera egipcia, asolan durante un tiempo el territorio de Siria. Las sublevaciones, como aquélla de la región de Der, comienzan a sucederse dentro de los límites del imperio que ahora más que nunca presenta el aspecto de un coloso de pies de barro. Finalmente las fuerzas conjuntas de los medos y babilonios pusieron fin al tambaleante edificio. Primero cayó Aššur cuya destrucción conmocionó toda Asiria, y finalmen-



Relieve procedente de Ninive que presenta a Aššurbanipal sobre un carro cazando leones
Museo Británico

te en el 612 a.C. las tropas de la confederación meda y el ejército babilonio asediaban la capital, Nínive, que tras un sitio de tres meses fue tomada al asalto y saqueada. La resistencia asiria se concentró a partir de ahora en la región de Harran, último reducto del territorio nacional que permanecía independiente. Por fin, en el año 605 a.C. la resistencia asiria se derrumbó definitivamente bajo el acoso de los conquistadores extranjeros. Pese a la ayuda de Egipto, que recelaba ahora de la impetuosa expansión de los babilonios, las últimas tropas asirias en las regiones de Harran y Karkemish fueron derrotadas por los ejércitos del nuevo poder hegemónico en el Próximo Oriente. Asiria desaparecía así de la Historia dejando a Egipto y Babilonia frente a frente; los egipcios tomarán desde ahora el relevo de Asiria sobre el Eufrates, y Babilonia pugnará, como antes lo habían hecho los asirios, por establecer su dominación sobre todas aquellas regiones tantas veces a lo largo de los siglos disputadas. No era mera casualidad que en estos tiempos difíciles el último de los reyes asirios llevara el nombre de Aššur-uballit como si quisiera conjurar recuperando el nombre del legendario fundador del poder asirio en el siglo XIV a.C. la negra amenaza que se cernía ahora sobre Asiria.

IV. Estado y sociedad

1. El ejército

El ejército asirio evolucionó mucho con el transcurso del tiempo. A partir de Tukulti-Ninurta II y Aššurnasirpal II (883-859 a.C.) pasó de ser un instrumento defensivo a constituirse en una poderosa arma ofensiva. Tiglat-Pilaser III y Sargón II llevaron a cabo diferentes reformas como resultado de las cuales todo el aparato del poder estatal fue puesto al servicio de las necesidades militares. A partir de entonces se renunció a las levas anuales para crear un ejército permanente en el que el elemento asirio será cada vez más minoritario. Ya desde Salmanasar III las tropas asirias se reforzaban con contingentes reclutados entre los vencidos. Senaquerib incluyó en el ejército 10.000 arqueros y otros tantos infantes de entre los prisioneros del «país Occidental»; Aššurbanipal completó también su ejército con elementos procedentes de las regiones conquistadas del Elam, y en la expedición contra Egipto fueron agregados al ejército cuerpos de reclutas procedentes de veintidós principados sirios. El ejército asirio también se nutría de gentes de guerra procedentes de ciertos núcleos de población que habían deportado de un lugar a otro de su imperio. El mercenariado tampoco fue desconocido del ejército asirio que a partir de finales del siglo VIII a.C. se componía de tres elementos: tropas permanentes a disposición de los gobernadores: el jefe de cada región reunía los efectivos en el territorio bajo mando y él mismo podía mandar estos contingentes. Cuerpos y destacamentos especiales que integraban el ejército real —«el nudo del reino»— apostados en las fronteras, especialmente en el norte y que dispersos también por el imperio se podían trasladar rápidamente contra el enemigo, en especial para el aplastamiento de los sublevados. Por último, la guardia real a caballo, auténtico cuerpo de élite, utilizada para las misiones de confianza.

El desarrollo del ejército se plasmó también en su estructuración en unidades de combate. En las inscripciones a menudo se mencionan unidades de cincuenta hombres —*kirsu*—, pero junto a ellas existían otras mayores y menores agrupaciones tácticas. En las unidades militares habituales entraban infantes, jinetes y carros. Esta última arma se fue perfeccionando progresivamente: ya Tiglat-Pilaser III construyó carros más resistentes pero que aún transportaban sólo a dos hombres. Luego el carro se hizo más grande y el tiro pasó a tres y cuatro caballos, transportando ya en época de Aššurbanipal tres

Destrucción de Babilonia por Senaquerib

«Como avanza el huracán la ataqué y como la tempestad la destruí... Sus habitantes, viejos y jóvenes no fueron perdonados y con sus cadáveres llené las calles de la ciudad... La propia ciudad, sus casas, desde sus cimientos a sus tejados, las devasté, las destruí, les puse fuego... Con el fin de que el porvenir se olvide hasta del emplazamiento de sus templos, los destruí con el agua y los convertí en pastos. Para apaciguar el corazón de Ashur, mi señor, para que los pueblos se inclinen con sumisión ante su gran poder, reduje a polvo a Babilonia, como regalo a los pueblos más alejados, y en este templo del Año Nuevo (en Asur) conservo un poco en una jarra tapada.»

(ARAB, II, 339-341)

combatientes además del conductor. Pero al mismo tiempo se hicieron menos manejables por lo que terminaron por ceder su papel ofensivo a la caballería para permanecer como arma de combate a media distancia transportando con rapidez un contingente de arqueros y lanceros encargados de apoyar las maniobras de la infantería. Pero no constituían sólo un medio eficaz de transporte; sino que se trataba de un conjunto orgánico destinado a una forma especial de combate (Harmand, 1986, 134). La aparición de la caballería asiria se remonta, al menos, a tiempos de Assurnasirpal II, en la primera mitad del siglo IX a.C. En un relieve de este monarca aparecen arqueros a caballo que cargan disparando y flanqueados por escuderos también a caballo que sujetan las riendas de las dos monturas. Este procedimiento primitivo fue finalmente abandonado y el jinete asirio, combatiendo en pequeños grupos —las unidades de más de mil jinetes no aparecieron hasta los tiempos de Sargón II—, perdió en parte su carácter de infante montado aunque continuó siendo un arquero. Pero de todas formas, la principal masa del ejército era la infantería compuesta masivamente de arqueros, honderos, escuderos, lanceros y lanzadores de jabalinas. La evolución del ejército afectó también a una especialización de la infantería: desarrolló principalmente sus cuerpos pesados de piqueros, a los que rodeaban y protegían destacamentos de arqueros y grupos de honderos. Estos contingentes se encontraban bien pertrechados con cascos, escudos y cotas de mallas y todos los combatientes portaban espada.

Con la nueva revitalización de la guerra de asedio la poliorcética adquirió un importante protagonismo. Los asirios no sólo eran excelentes constructores de fortalezas, como revela por ejemplo la que fue construida por Salmanasar III en el ángulo SO de la muralla externa de Kalah y defendida por un muro exterior con un grueso de más de 3 m. y defensas jalonadas por macizas aspilleras situadas a intervalos de unos 20 m., sino que desarrollaron el arte del asedio y el arma de la artillería pesada. Las fortalezas asediadas eran rodeadas de un foso y un terraplén de tierra y muros y puertas golpeados por pesados arietes montados sobre ruedas en los que una gran viga, guarnecida de metal y suspendida por cadenas, eran balanceadas por los hombres situados bajo un toldo protector de cuero. Junto a los arietes, escalas, torres de asalto, manteletes y minas hacían paralelamente su trabajo. Cuerpos de zapadores abrían paso al ejército por los parajes montañosos, mientras que con ayuda de odres inflados cruzaban los soldados los ríos transportando el material y la carga sobre balsas y barcazas.

Tal ejército, cuyos comandantes conocían a la perfección las tácticas de los ataques frontales y de flancos y la combinación de ambas formas de ataque durante la ofensiva en un frente abierto, y que era capaz de realizar ataques por sorpresa, incluso de noche, y de cortar las líneas de suministros del enemigo a fin de obligarlo a

la rendición por hambre, constituía uno de los pilares fundamentales sobre el que se alzaba el poderío asirio. Su actuación se encontraba apoyada por una cuidada infraestructura que comprendía la existencia de arsenales donde se guardaban las armas y todo género de municiones, una red de carreteras y caminos pavimentados y cuerpos especiales de ingeniería encargados de la construcción de campamentos fortificados, puentes y pontones. El factor psicológico era igualmente empleado y la estrategia del terror se convirtió en un elemento casi legendario del ejército asirio. Junto a la guerra de rapiña cuyo objetivo consistía en acaparar botín devastando de paso el territorio enemigo, la crueldad manifiesta constituyó una de las principales armas psicológicas de los asirios: círculos de empalados y montañas de cabezas servían de escarmiento frente a las puertas de las ciudades conquistadas, poblaciones quemadas vivas en el interior de sus casas, desollados vivos expuestos en las murallas constituían el mejor aviso de lo que podría sucederles a aquéllos que osaran hacer frente al avance implacable del poderío asirio. No obstante, todas estas muestras de extraordinaria crueldad no fueron patrimonio exclusivo de los asirios. Se diga lo que se diga por parte de los maniqueos del militarismo, la guerra antigua no fue nunca menos despiadada que la moderna, constituyó como siempre un horrible drama que pesa como una espantosa lacra sobre la conciencia de las sociedades y sus dirigentes.

2. La administración del estado

En las fiestas de *akitu*, en las que se procedía a la renovación de los ritos de coronación, se recordaba al rey de Asiria su carácter de *shangu* de Aššur, es decir, sacerdote y administrador del dios nacional, cuyo dominio debía velar y ampliar. Este mismo principio de autoridad, revestido de idéntica cubierta ideológica fue aplicado a todos los niveles de la jerarquía administrativa, desde los más altos dignatarios hasta los humildes escribas. Por supuesto que la repartición del poder era desproporcional a medida que se escalaba los más altos cargos de la administración, pero la autoridad real, que emanaba de la esfera divina, no tenía, en principio, cortapisa ni paliativo alguno. Claro está que tal justificación ideológica no fue siempre eficaz para librar a los déspotas asirios de la amenaza de las intrigas, conjuras y revueltas promovidas por los nobles de palacio, los poderosos gobernadores de provincias, e incluso los miembros de la propia familia real. A este respecto, el problema sucesorio era especialmente grave y no llegó a encontrar nunca una solución satisfactoria. Buena prueba del poder de la nobleza palaciega y de las distintas camarillas radica en el hecho de que desde las revueltas del siglo IX a.C. el derecho de primogenitura no volvió a tenerse en cuenta. Cualquiera, arropado por un conveniente apoyo, podía albergar semejantes aspiraciones, con la única condición, no siempre respetada, de pertenecer a la línea dinástica, por lo que los reyes

Conquista de Babilonia por Tukulti-Ninurta I

«Con la ayuda de los dioses Ashur, Enlil y Shamash, los grandes dioses, mis señores, y con la ayuda de la diosa Ištar, señora del Cielo y los Infiernos, que marchó a la cabeza de mi ejército, obligué a Kashtiliash, rey de Karduniash a librar batalla. Derroté a su ejército y diezmé sus tropas. En medio del combate capturé a Kashtiliash, rey de los casitas, y su real cuello lo tuve a mis pies como si fuese el de un cordero. Lo llevé, atado, ante Ashur, mi señor. (De este modo) me convertí en señor de Sumer y Acad en su totalidad y fijé las fronteras de mi país en el mar Inferior, donde nace el sol.»

(ARAB, I, 51)



Assurnasipal cazando leones en un relieve procedente de Kalah (Nimrud) (Siglo IX a.C.)

adquirieron finalmente la costumbre de asociar al heredero de su elección al ejercicio del poder. Los elegidos entraban en «la casa de la sucesión» o —*bit riduti*—, palacio residencia del príncipe heredero y sede del gobierno.

Al igual que los príncipes y los altos dignatarios, todos los restantes súbditos del imperio debían comprometerse personalmente, mediante juramento, al servicio del rey de Asiria, exponiéndose el perjuro al castigo decretado por la cólera divina. El servicio al rey constituía el principio fundamental sobre el que descansaba todo el funcionamiento del Estado y en este punto, en teoría, no existían distinciones entre el sencillo labriego y el gobernador de una provincia. La prestación del juramento tenía habitualmente lugar en presencia de las estatuas de los dioses y en ocasiones adquiría un aspecto multitudinario, verdaderas convenciones juradas —*adu*— en las que se procedía por categorías profesionales o aún multitudinariamente.

Desde el mismo momento en que la autoridad real podía disponer de todos sus súbditos para cualquier tipo de función, ya se tratase de los más humildes o de los funcionarios de palacio, advertimos la ausencia de una especialización ministerial. En la medida en que todos eran igualmente servidores del rey, como él lo era de la divinidad, los miembros de la administración no tenían asignado más que en términos generales un cometido específico y sus funciones podían variar según las necesidades del momento, con lo que se llegó, en la práctica, a una indistinción de cargos. Por ello quizá sea conveniente, en aras de una mejor sistematización, distinguir entre una administración ordinaria, con sus dos vertientes del ámbito central y provinciano, y un aparato administrativo específico integrado por auténticos servicios de información que actuaban en todas las escalas de la jerarquía administrativa ordinaria. Ambas burocracias se encontraban igualmente centralizadas y dependían de un máximo responsable, el *sukkalu dannu*, especie de visir o primer ministro ante quien debían rendir cuentas los gobernadores de provincias y los *sukkallu*, integrantes de los servicios de información.



Relieve del palacio de Sargón II
(Siglo VIII a.C.)
Museo del Louvre

La administración central se encontraba compuesta por los altos títulos nobiliarios que integraban el canón de los epónimos. Estos eran, por orden de prioridad, el propio rey, el general en jefe (*turtanu*), el heraldo de palacio (*nagir ekalli*), el copero mayor (*rab shaque*), el intendente (*abarakku*) y los gobernadores de provincias (*bel pihati*), al frente de los cuales se hallaba el de Aššur (*shakin mati*). Tales títulos eran sin embargo reminiscencias del pasado y al igual que el eponimato fue reformado en ciertas ocasiones, por ejemplo bajo Sargón II y Senaquerib, se puede afirmar que las funciones no correspondían únicamente a los títulos. En cualquier caso, todos los que detentaban títulos nobiliarios tenían bajo su mando las provincias situadas en la periferia del imperio y todos ejercían, en consecuencia, mandos militares. Además constituían el consejo del rey, sin que se pueda precisar, como se ha dicho, un reparto de atribuciones ministeriales.

Desde Tiglat-Pilaser III el crecimiento del estado asirio con la incorporación de los territorios conquistados planteaba la necesidad de proceder a una reforma administrativa, que fue iniciada ya por el propio monarca. Las antiguas grandes provincias fueron fragmentadas en distritos menores, al frente de los cuales fueron situados unos funcionarios especiales —*bel pahati*— que a veces parecen sustituir a los gobernadores —*shaknu*—, aunque más a menudo se designa con este término a los generales encargados de la administración de las circunscripciones recientemente conquistadas o creadas. Parece que este sistema fue copiado de Babilonia, donde la densidad de la población siempre exigía la organización de pequeños distritos administrativos. Según esto, el *shaknu* era el «encargado» del gobierno de la provincia y los *bel pahati* permanecían como jefes de las circunscripciones o distritos en que ésta se dividía. Con el tiempo, estos gobernadores que a menudo comandaban varias provincias, diferentes y alejadas, residiendo en la más importante terminaron por desaparecer a medida que avanzaba la división de éstas en nuevas y más pequeñas circunscripciones administrativas. De esta forma, la provincia de Aššur que cubría originalmente el territorio histórico del país fue reducida administrativamente al equivalente de dos de sus antiguos distritos. Las doce viejas provincias asirias fueron sustituidas por veinticinco a las que se vinieron a agregar otras quince de nueva creación. Con todo, aunque se modificaron los cargos, no ocurrió lo mismo con las titulaturas, ya que los términos de *shaknu* y *bel-pihati* son empleados indistintamente hasta finales del imperio.

La administración del estado estaba en gran medida puesta al servicio de las necesidades militares y de la política de expansión de los monarcas asirios. De esta forma las funciones civiles de los funcionarios se entremezclaban con las obligaciones militares al igual que en una escala más baja de la sociedad un mismo grupo de hombres podía ser destinado indiscriminadamente a desarrollar tareas civiles o militares. Así, los altos funcionarios encargados del gobierno de las provincias debían mantener el orden en sus circunscripciones para lo cual contaban con guarniciones permanentes bajo su mando, asegurar el cobro de los impuestos, que afectaban principalmente a los cereales y el forraje así como al ganado mayor y menor, estando también los transportes de mercancías sujetos al pago de peajes y tasas de almacenamiento, asegurar así mismo la entrega en los centros de la administración provincial y local de los materiales y materias primas necesarios para el desarrollo de la vida económica y militar, y el reclutamiento de los hombres precisos para la ejecución

de los grandes trabajos de interés colectivo —fortificaciones, obras hidráulicas, etc.— y para servir en el ejército. En ambos casos los hombres sometidos a esta prestación formaban brigadas —*sabe*— encuadradas por guardias y funcionarios encargados de su dirección. Las zonas pobladas por nómadas pagaban habitualmente el tributo en ganado. Las ciudades y regiones con población asentada satisfacían los impuestos en plata y oro, estando las más importantes poblaciones urbanas, como Babilonia, Borsipa, Sippar, Nippur, Harran y la propia Aššur, principalmente, exentas mediante favor real de estas contribuciones, poseyendo al mismo tiempo ciertos derechos de autogestión, bien por la importancia de su comercio, su significado político o la influencia de sus colegios sacerdotales. Los impuestos de los campesinos se recaudaban en especie; una determinada parte de la cosecha, del forraje y del ganado se pagaba en forma de impuesto, y no cabe ninguna duda de que la explotación de las provincias conquistadas debió ser muy dura, aunque la adecuación del tributo a los recursos reales de los vencidos realizada mediante el censo de la población y los bienes servía para paliar un tanto la dureza de los impuestos.

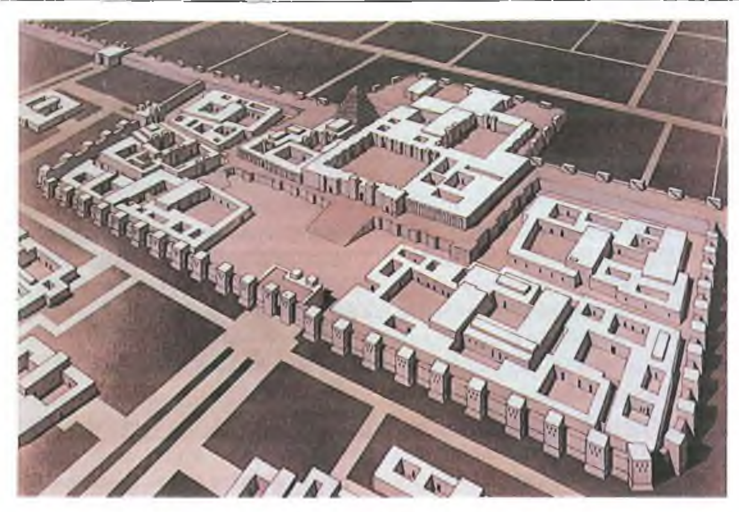
El Estado, encarnado en la persona del monarca absoluto, *shangu* del dios Aššur a quien en último término pertenecía todo, dirigía la producción agrícola e industrial, controlaba los intercambios comerciales y emprendía obras de interés público. Para todo ello contaba con un gran capital financiero, procedente de impuestos y tributos, y humano, ya que el conjunto de la población, tanto si se trataba de hombres libres como de condición servil, debía cumplir «el servicio al rey» y, por consiguiente, responder al reclutamiento y a la prestación personal exigidos. Dentro de este sistema la autonomía del individuo no era muy amplia y los agentes y funcionarios que ejecutaban las órdenes disponían de un margen de iniciativa muy reducido. La eficacia del conjunto dependía por lo demás, en última instancia, de la agilidad y regularidad de los servicios de información y correos que a través de una bien surtida red de carreteras y postas aseguraban el funcionamiento del aparato administrativo, manteniendo siempre al corriente al rey y al equipo de gobierno central de todo aquello que ocurría incluso en los confines más alejados del imperio, y transmitiendo con prontitud las órdenes y directrices que emanaban de palacio a los centros de la administración provincial y local.

«En la campiña de los asirios llueve poco, y únicamente lo suficiente para que el trigo nazca y se arraigue, sin embargo, la mies crece y el grano madura merced al riego con agua del río, si bien las crecidas del mismo no alcanzan las tierras de labor como en Egipto, sino que el riego se realiza a fuerza de brazos y de norias, pues toda la región de Babilonia, al igual que Egipto, está parcelada mediante canales; el mayor de estos canales, que está orientado hacia el sureste, es navegable y se comunica, desde el Eufrates, con otro río, el Tigris, a orillas del cual estaba situada la ciudad de Nínive.»

(Heródoto, 193, 1-2)

3. La vida económica y social en el nuevo imperio asirio

El florecimiento del poderío político-militar de Asiria estaba relacionado con el crecimiento de las fuerzas productivas del país, lo que exigía el desarrollo del comercio exterior y la defensa y control de las rutas comerciales, el acceso a las fuentes de las materias primas, bien directamente o mediante el control de determinados mercados como podían ser las ciudades fenicias, acumulación de rique-



Reconstrucción del Palacio de Deir-Sarrukin (Jorsabad) (Siglo VIII a.C.)

zas procedentes del botín de guerra o de impuestos y tributos, y disponer de una abundante y barata mano de obra integrada por siervos y esclavos.

Con todo, la economía del imperio asirio continuaba siendo básicamente agrícola, con un artesanado poco desarrollado y concentrado en los centros administrativos debido a la concentración de las actividades industriales, en el seno de pequeños talleres, en los palacios de los gobernadores y en los templos. Sin duda debido a las necesidades militares, la metalurgia alcanzó en Asiria un desarrollo especialmente notable y una gran perfección técnica. Durante el siglo VIII a.C. el hierro había desplazado al cobre y al bronce tanto en la vida ordinaria como en la actividad militar. La extracción y elaboración del hierro produjeron una revolución tecnológica y favorecieron el desarrollo y complejidad de la metalurgia. La fuerte caída del precio de esta nueva y más asequible clase de metal constituye la prueba de su amplia difusión. Al desarrollo de las manufacturas especializadas durante este período contribuyó de forma importante la presencia de artesanos extranjeros, especialmente sirio-fenicios, llevados a sus talleres por los monarcas asirios y responsables de la fabricación de bienes de calidad, como las tallas de marfil o las telas de lujo.

En el gran imperio asirio se desarrollaba cada vez con más fuerza el intercambio comercial. De los países extranjeros se recibían distintas mercancías: el incienso provenía de Damasco, el junco de la Caldea marítima, diversos metales, en especial plata y hierro, y variadas manufacturas, generalmente objetos de lujo, de las ciudades de Siria y Fenicia, caballos, procedentes de las tierras iranias. En Asiria se cruzaban importantes rutas comerciales y muchas de las campañas de los monarcas asirios tenían como objetivo situar bajo su control la «ruta del estaño y del hierro» que se dirigía desde Diyarbekir, junto al país de Nairi, donde a partir del siglo XIII a.C. los *tamkaru* asirios iban a comprar el estaño procedente de la meseta irania, hacia el Norte de Siria, el Eufrates medio y la alta Mesopotamia con un ramal que alcanzaba Damasco. Las rutas caravaneras partían de Asiria hacia las regiones de Armenia, a los países de los lagos Van y Ur-



Relieve del palacio de Sargón II
de Jorsabad
(721-705 a.C.)

mia por el valle del Zab Superior a través del paso de Keleshin. Otras rutas importantes llegaban a Siria del norte y a las fronteras del Asia Menor, a través de Nasibin y Harran hacia Karkemish, sobre el meandro occidental del Eufrates, y a través del río hacia las «Puertas de Cilicia» y a las regiones habitadas por los hititas. Una gran ruta caravanera salía de territorio asirio hacia Palmira, y más allá hacia Damasco. Todas estas rutas conducían, en resumen, hacia los grandes puertos del Mediterráneo.

En el interior los ríos y canales se utilizaban también para el transporte de mercancías. La primitiva técnica de construcción de embarcaciones, en un país que carecía de una salida directa al mar y que nunca dispuso de una flota propia, ofrecía la posibilidad de transportar mediante barcazas hombres y mercancías por los grandes ríos aguas abajo; curso arriba el transporte fluvial era sólo posible hasta Opis y Babilonia. Durante este período y no obstante la continua preocupación de sus monarcas por el desarrollo y control del comercio, el elemento étnico asirio parece haber participado muy escasamente en el desarrollo de las actividades de intercambio; a lo que parece, el comercio interno descansaba fundamentalmente en manos de los arameos, mientras que el tráfico exterior de mercancías, sobre todo el marítimo, estaba en manos de los fenicios. Toda esta intensa actividad comercial parece haber seguido circuitos oficiales de distribución, ya que todo convergía hacia los palacios que parecen desempeñar un papel esencial. Así, los *tamkaru* que compraban y vendían la mercancía actuaban por cuenta de la administración dirigiendo las caravanas hacia los palacios. Se trataba en suma de una economía redistributiva ya que una vez centralizados los bienes y las mercancías la capital dirigía hacia los grandes centros de provincias los productos importados que fueran allí necesarios. Las zonas rurales se hallaban fuera de estos circuitos oficiales de intercambio por lo que los campesinos vivían en un sistema semiautárquico que conservaba un carácter de economía natural: recibían de los palacios locales los metales necesarios para la fabricación de su utillaje agrícola, producían su propio alimento y vestido y satisfacían impuestos y tributos en esprecie a esos mismos palacios que, a la sazón, estaban provistos de grandes almacenes que contenían diversas mercancías y productos agrícolas, en ocasiones los tributos llegados de los países vecinos y otras veces recaudaciones en especie que provenían de la población local.

La ganadería, que había constituido una actividad tradicional de los asirios desde tiempos remotos experimentó un importante desarrollo con la generalización del camello, que era utilizado como ganado de carga durante las campañas militares y las expediciones comerciales, sobre todo durante las grandes travesías por las áridas estepas y desiertos. Un desarrollo importante conoció también la agricultura cuyo herramental fue mejorado gracias a la generalización del hierro. Algunos soberanos se esforzaron por construir canales, a veces excavados en la roca, y acueductos y se introdujeron nuevos modelos de elevadores de agua. Durante este período toda la llanura asiria fue puesta en explotación. Especial importancia alcanzaron la arboricultura y la horticultura. El árbol más característico y cuyo cultivo estaba más extendido en las tierras de Babilonia y el Sur de Asiria era la palmera datilera mientras que la vid se extendía por las montañas asirias. Los palacios reales contaban con grandes jardines frutales especialmente irrigados, en los que se cultivaban valiosas especies traídas de países vecinos o lejanos. Bajo Senaquerib hubo serios intentos de aclimatar en Mesopotamia el olivo y

el mismo monarca intentó el cultivo experimental de plantas no aclimatadas a la región como la mirra y el algodonero, procedente seguramente de la India. Grandes jardines de este tipo dispuestos habitualmente en terrazas fueron construidos por Asurbanipal II en Kalahk y por Senaquerib en Nínive. Este último monarca construyó aún otro en Aššur extendiéndose por una superficie de unos 16.000.000 m², irrigado por canales y defendido por un terraplén artificial. Pero esta actividad real no es más que el testimonio más evidente de una tendencia ampliamente generalizada: se conservan testimonios de jardines privados más pequeños, rodeados habitualmente de un muro de arcilla.

Una de las constataciones más sorprendentes de este período en relación con la vida agrícola y las clases campesinas constituye la tendencia observada a través de los censos a una importante disminución de la población rural, en especial del pequeño campesinado cuya situación no dejó de empeorar durante todo este período, sometido como estaba a las duras prestaciones militares, la fuerte presión impositiva y la competencia económica de los grandes propietarios. Posiblemente las deportaciones querían aliviar en algo esta tendencia y se recurrió al mismo tiempo al desarrollo del colonato militar. Según esta fórmula, el rey entregaba tierras a colonos militares a cambio de sus prestaciones en la guerra. Por lo general se establecían en las zonas fronterizas y se encontraban bajo la protección del rey, siendo sus tierras inexpropiables. Al igual que los restantes agricultores se trataba de gente muy modesta que disponía de unos recursos limitados.

Los esclavos —*urdani*— trabajaban en la explotación de las tierras de los palacios, de los grandes templos o en propiedades de la nobleza cuyas rentas procedían de las provincias que administraban y de las contribuciones que otras regiones podían pagarles por los cargos que ostentaban. En ocasiones la tierra se vendía junto con los esclavos que la trabajaban. El importante desarrollo del esclavismo, que como problema social no perdió agudeza (Garelli, 1977, 87), condujo, no obstante a que los esclavos obtuviesen el derecho de usar y poseer sus propios bienes, tener su propia familia, casándose incluso con una persona de condición libre, y promover acciones jurídicas. Sin embargo el propietario conservaba siempre un poder total sobre su esclavo al que podía heredarlo, comprarlo, venderlo, intercambiarlo, prestarlo y arrendarlo. Aunque algunos esclavos podían con el transcurso del tiempo recobrar su libertad, los actos de manumisión eran poco frecuentes, y es así mismo poco probable que estos manumitidos obtuvieran los derechos que correspondían a un hombre plenamente libre. La ley no establecía, igual que antes, una diferenciación clara entre el hombre libre, el esclavo y el siervo. Estos dos últimos grupos tenían un «status» más bien degradado que francamente diferente. Esta ambigüedad en la condición se mantenía por otra parte más fácilmente ya que en Asiria un esclavo no era sólo un extranjero capturado en la batalla, sino también un hijo vendido por su padre o un deudor insolvente. De hecho, buena parte del desarrollo de la esclavitud durante esta época hay que atribuirla a la insolvencia de gran número de prestatarios y a la usura de los prestamistas que imponían con frecuencia intereses desorbitados. Como consecuencia muchas familias humildes se arruinaban y recurrían a la venta de sus hijos. Estos esclavos nativos componían una servidumbre doméstica, poseían, como se ha visto, una personalidad jurídica y estaban así mismo obligados al servicio militar. La otra fuente de la esclavitud eran los prisioneros de guerra que, pese a las continuas campañas militares, seguían



León de marfil, probable obra de artesanos fenicios, procedente de Kalah (Siglo VIII-VII a.C.) Bagdad, Museo de Iraq

constituyendo un artículo caro. Trabajaban en las grandes explotaciones agrícolas encontrándose las cifras más elevadas de ellos en las cuentas de la administración palatina. Con frecuencia eran también empleados en los grandes trabajos de construcción promovidos por los monarcas asirios.

A la división social entre libres, siervos y esclavos hay que añadir una profundización cada vez más importante del abismo que separaba a los ricos de los pobres. Si las gentes —*nishe*— humildes soportaban una pesada carga de imposiciones fiscales y prestaciones militares y personales, los grandes propietarios disfrutaban frecuentemente de concesiones —*ilku*— y franquicias que venían a sumarse a sus privilegios, ya que los reyes asirios, al igual que otros monarcas orientales, acostumbraban a repartir, imitando sobre todo el ejemplo babilónico, grandes posesiones de tierra entre los jefes militares destacados, los nobles de palacio y los altos funcionarios, lo que condujo a la consolidación de la propiedad privada. Además estas tierras solían estar libres de impuestos y de las demás prestaciones habituales. Estas franquicias se extendieron también a los templos, sin alcanzar la importancia de Babilonia, y a las ciudades más importantes. La burguesía de las ciudades, que al igual que los palacios constituían centros de recepción y transformación de las mercancías, así como de distribución de los productos manufacturados, era con ello sin duda una de las clases sociales más favorecidas, junto a la nobleza propietaria rural que acaparaba las dignidades del Estado. Las exenciones obtenidas del poder real debido a la importancia política, religiosa, militar y económica de las ciudades, convertía frecuentemente a sus habitantes en unos privilegiados con dispensa de las prestaciones personales y del pago de impuestos. Tal era el caso, por ejemplo, de Aššur y Harran, de Nippur, Babilonia y Sippar cuyos ciudadanos no dejaron de recordar sus privilegios, algunos muy antiguos, a los reyes de Asiria. Además estos centros importantes escaparon a menudo a la administración central y el representante real solía ser un notable local.



Toro androcéfalo alado del palacio de Ashurnasirpal II
Museo Británico

4. La cultura y las realizaciones materiales

Los asirios se revelaron como unos excelentes constructores. La tradición en este sentido de sus monarcas era muy antigua. Las inscripciones reales y las ruinas exhumadas desde el pasado siglo dan prueba de un verdadero auge arquitectónico a partir del primer milenio. La fundación de ciudades, a las que se concedían también franquicias desde un principio para atraer a los colonos, y destinadas a ser capitales durante un tiempo, se multiplicó durante toda esta época. Una buena noción de la arquitectura asiria del tiempo de su florecimiento nos han dejado las ruinas de los palacios de Aššurnarsipal en Kalah (Nimrud) y de Sargón II en Dur-Sharrukin (Jorsabad). Construcciones nuevas aparecieron en las antiguas aglomeraciones y la propia Aššur no fue una excepción al respecto: Tukulti-Ninurta I reforzó el sistema de fortificaciones, y construyó tres kilómetros al norte un conjunto residencial que llevaría su nombre: Kar-Tukulti-Ninurta, Salmanasar III reconstruyó los templos y fortificaciones y Senaquerib construyó «la casa del año nuevo». También Nínive, convertida en capital del imperio por los sargónidas, conoció un importante engrandecimiento bajo Senaquerib, Asarhadón y Aššurbanipal. Los grandes palacios asirios se encontraban rodeados de jardines y huertas: Aššurnarsipal había hecho cavar un canal que conducía las aguas del Zab hasta los mismos límites de su palacio en Kalah, donde hizo plantar vergeles y viñas instalando también un jardín botánico y un pequeño zoológico. Jardines semejantes fueron construidos por Senaquerib en su palacio de Nínive. Toda esta arquitectura monumental se integraba en grandiosos conjuntos ornamentados con grandes esculturas y mágnificos relieves. No es éste el lugar adecuado para hacer un balance siquiera aproximado del arte asirio, por lo que sólo nos interesa señalar las influencias en él contenidas procedentes de otros universos culturales: hitita, hurrita y sirio. La construcción a base de grandes bloques de piedra decorados con relieves e inscripciones, la aparición de una cierta arquitectura ciclópea y las representaciones de animales fantásticos de formas semihumanas, como los genios alados y las esfinges, estaban en cierta medida inspirados por el arte de hititas y hurritas. A ellos se unían también los motivos del arte sirio-hitita, en parte bajo la influencia de Egipto, con las características representaciones del león adrocéfalo adornando con un tocado egipcio y con las imágenes de la serpiente sagrada, así como el disco solar alado, símbolo de Aššur prestado de Egipto por mediación de Siria. De influencia siria parece también el celebrado tema del león rugiente ejecutado en bulto redondo en actitud amenazante. La influencia siria y fenicia era sobre todo muy importante en el ámbito de las artes menores: orfebrería y talla de marfil, principalmente. Por el contrario, en este campo los asirios fueron maestros en la producción de azulejos decorados con esmaltes abigarrados y multicolores que adornaban habitualmente las paredes y puertas de grandes edificios, templos y palacios, como aquéllas del palacio de Sargón II en Jorsabad.

Las influencias hititas e hurritas penetraron también en el universo religioso de los asirios en donde se representan divinidades procedentes de aquellos panteones, como Tešub, dios de la tormenta, o la diosa Hepat. Pero la vida espiritual debia mucho más a Babilonia de donde llegaron dioses como Marduk y Nabû que, calurosamente acogidos por un sacerdocio fascinado por la grandeza babilónica, llegaron a disputar a Aššur su primacía al frente del panteón asirio. Finalmente el sincretismo entre los dos universos espirituales hace particu-

larmente innecesario trazar las diferencias entre la religión propiamente babilónica y la estrictamente asiria. No en vano, esta poderosa influencia de Babilonia, que encontró una calurosa acogida sobre todo en los medios intelectuales, se superponía a una más antigua tradición meridional presente en Asiria y procedente de los «países de Sumer y Akkad». Así, viejas divinidades meridionales, como la diosa Ištar, ocupaban desde mucho tiempo atrás un puesto importante en el panteón asirio. De hecho, en la base de la cultura asiria se hallan los logros de los antiguos sumerios, acadios y babilonios, cuyas escrituras, literatura y religión fueron ampliamente imitadas desde los viejos tiempos de Subartu por los pobladores del curso medio del Tigris. Encrucijada de pueblos y caminos, Asiria habría de recibir a lo largo de su historia influencias y aportaciones que caracterizan su particular sincretismo cultural sin merma por ello de su propia originalidad creadora. Así, los asirios tomaron del antiguo Sumer, a través fundamentalmente de los acadios, nombres y cultos de dioses, como la mencionada Ištar, adaptación local de la Inana sumeria, o el dios del cielo, Anu, la forma arquitectónica del templo y los zigurats y diversos motivos artísticos. De los acadios tomaron fundamentalmente la lengua y la escritura y una concepción política del estado universal con la unificación de todo el mundo entonces conocido que sólo abandonarán bajo la fuerza de las circunstancias. Babilonia aportó a la cultura asiria las obras de literatura religiosa ampliamente difundidas, como el Poema de la Creación y los Himnos a Enlil y Marduk, el sistema de pesas y medidas y muchos elementos del derecho de la época de Hammurabi. La propia creación de bibliotecas, que en Asiria data de la segunda mitad del segundo milenio, obedece así mismo a una influencia procedente de Babilonia, habiéndose comentado ya la importancia de la creada por Aššurbanipal en Nínive. En ellas, algunas obras literarias como los salmos de arrepentimiento, atestiguan el alto nivel de desarrollo de la literatura asiria. Otras, como las crónicas reales, adolecían frecuentemente, pese a su ampulosidad y tono solemne, de cualquier tipo de valor literario repitiendo formas y convenciones que los escribas se transmitían de generación en generación. Los logros científicos de las antiguas civilizaciones mesopotámicas también fueron conocidos de los asirios: en la mencionada biblioteca de Aššurbanipal se conservaban, entre otras, copias de textos astronómicos cuya antgüedad se remonta al menos a la época de Hammurabi. Pero también los asirios eran capaces de desarrollar sus propios conocimientos científicos. De esta época proceden algunos manuales de medicina, que al parecer estaba muy desarrollaa, de índole farmacológica y también sobre determinadas dolencias específicas: enferme-

Narración autobiográfica sobre la educación recibida por Asurbanipal

«Aprendí el arte del maestro Adapa: los tesoros ocultos de todo el saber de los escribas, los signos del cielo y la tierra... y estudié los cielos con los sabios maestros de la adivinación mediante el aceite. Resolví los laboriosos problemas de la división y la multiplicación que no estaban nada fáciles. Leí la artística escritura de los sumerios y el oscuro acadio, difícil de dominar, deleitándome con la lectura de las piedras de antes del diluvio... He aquí lo que hacía diariamente: montaba mi corcel y cabalgaba alegremente, e iba al pabellón de caza. Tensaba el arco y hacía volar las flechas, signo de mi valor. Lanzaba pesadas lanzas como si fuesen jabalinas. Guiando las riendas como un conductor de carro hacía girar las ruedas. Aprendí a manejar los escudos *aritû* y *kabaku* como un arquero pesadamente armado... Al mismo tiempo aprendí el ceremonial, marchando como deben marchar los reyes.»

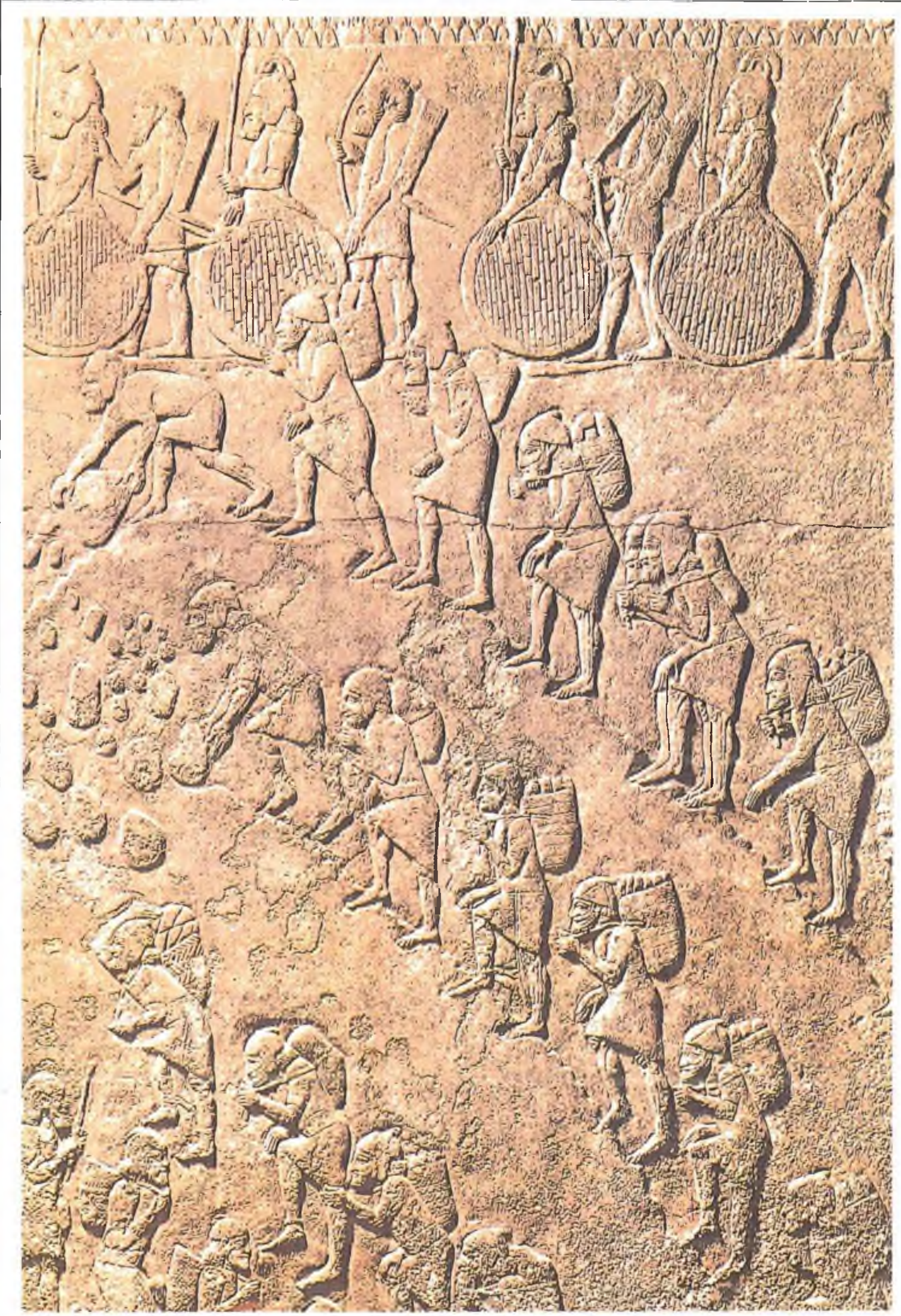
(ARAB, II, 986)

dades de los ojos, afecciones de las vías respiratorias, del hígado, etc. Al igual que los babilonios, los médicos asirios eran requeridos con frecuencia en las cortes de los soberanos hititas y egipcios como acreditados especialistas. Tampoco eran desconocidos algunos principios químicos: otra obra de la biblioteca de Nínive se refiere a los procedimientos de preparación de esmaltes coloreados y la imitación de piedras preciosas. Los conocimientos geográficos avanzaron extraordinariamente con las campañas de conquista y el desarrollo de las relaciones comerciales, y se plasmaron sobre documentos cartográficos e itinerarios que contaban con una antigua tradición en Mesopotamia. Las matemáticas y la geometría se encontraban igualmente desarrolladas.

Gracias al desarrollo del comercio y a la conquista de una serie de países vecinos los asirios difundieron los logros culturales de las ancianas civilizaciones mesopotámicas, haciendo de esta herencia cultural patrimonio de los pueblos del Antiguo Oriente hasta el Mediterráneo, Arabia, las regiones del norte del Transcáucaso y las zonas montañosas colindantes con la meseta iraní. Por su mediación, las aportaciones culturales sumerio-babilónicas penetraron en el resto del mundo.



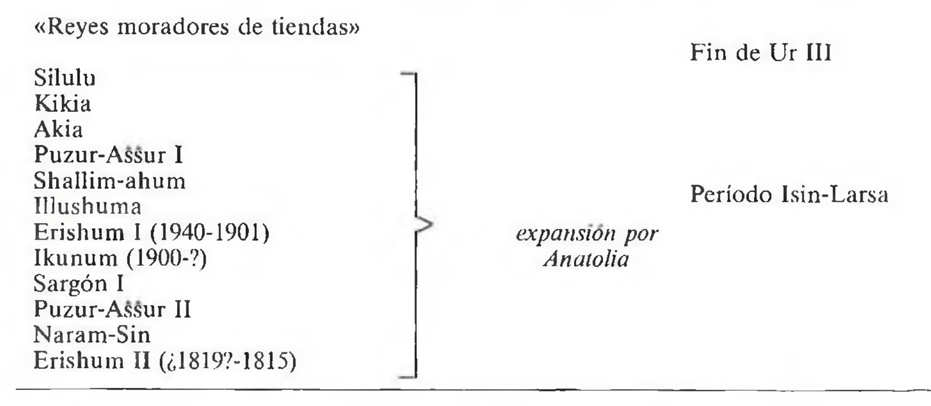
Genio de Kalah
(Siglo IX a.C.)



Relieve del palacio de Senaquerib con representación de esclavos trabajando
(704-681)
Museo Británico

Apéndice: Tabla cronológica y lista de los reyes asirios

Subartu
(Desde mediados del tercer milenio al siglo XIX a.C.)



«Reyes moradores de tiendas»

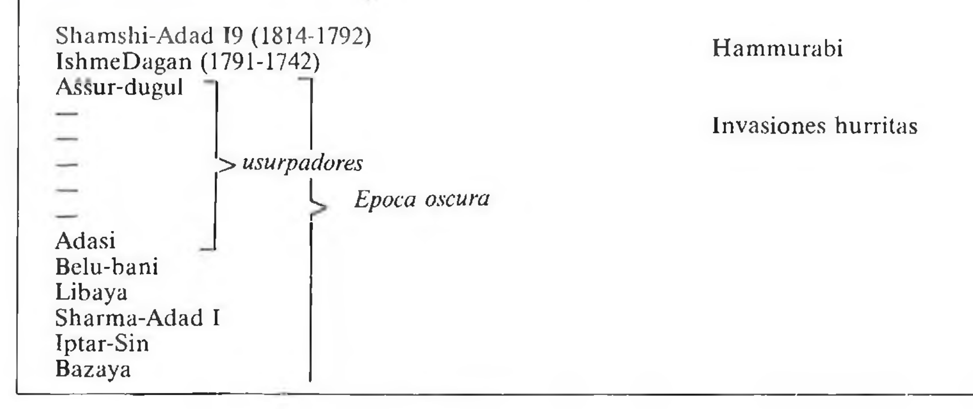
Fin de Ur III

Silulu
Kikia
Akia
Puzur-Assur I
Shallim-ahum
Illushuma
Erishum I (1940-1901)
Ikunum (1900-?)
Sargón I
Puzur-Assur II
Naram-Sin
Erishum II (¿1819?-1815)

expansión por Anatolia

Período Isin-Larsa

Antiguo reino asirio
(Finales del siglo XIX y 1.ª mitad del XVIII a.C.)



Shamshi-Adad I9 (1814-1792)
IshmeDagan (1791-1742)
Assur-dugul
—
—
—
—
—
Adasi
Belu-bani
Libaya
Sharma-Adad I
Iptar-Sin
Bazaya

usurpadores

Epoca oscura

Hammurabi

Invasiones hurritas

Lullaya
Kidin-Ninua
Sharma-Adad II — Expansión de Mitanni
Shuninua
Ershum II
Shamshi-Adad II
Inshme-Dagan II
Shamshi-Adad III
Aššur-nirari I — *Epoca oscura*
Puzur-Aššur III
Enlil-nasir I
Nur-ili
Aššur-Shaduni
Aššur-rabi I

Renacimiento asirio (2.ª mitad del siglo XV y 1.ª del XIV a.C.)

Aššur-nadin-ahhe I (¿-1431)
Enlil-nasir II (1432-1427)
Aššur-nirari II (1426-1420)
Aššur-bel-nisheshu (1419-1411) — Decadencia de Mittani
Aššur-rem-nisheshu (1411-1403)
Aššur-nadim-ahhe II (1402-1393)
Erab-Adad I (1392-1366)

Reino medio asirio (2.ª mitad del siglo XIV y 1.ª del XIII a.C.)

Aššur-uballit I (1366-1330) — Auge hitita
Enlil-nirari (1329-1320)
Arik-den-ili (1319-1308)
Adad-nirari I (1307-1272)
Salmanasar I (1274-1245)

Primer imperio asirio (2.ª mitad del siglo XIII - 1.ª del X a.C.)

Tukulti-Ninurta I (1244-1208) — *expansión*
Aššur-nadin-apli (1207-1204)
Aššur-nirari III (1203-1198)
Enlil-Kudurri-usur (1197-1193) — *decadencia* — Guerras con Babilonia
Ninurta-apal-ekur (1192-1180)
Aššur-dan I (1179-1134)
Ninurta-tukulti-Aššur/Mutakkil-Nusku (1134)
Aššur-resh-ishi I (1133-1116)
Tigalt-Pilaser I (1115-1077) — *recuperación*
Asharid-apil-Ekur (1076-1075)
Aššur-bel-kala (1074-1057)
Eriba-Adad II (1056-1032)

Reyes		
Shamshi-Adad IV (1054-1051)		
Aššurnarsipal I (1050-1032)		
Salmanasar II (1031-1020)		
Aššur-nirari IV (1019-1014)	*decadencia*	Invasiones arameas
Aššur-rabi II (1013-973)		
Aššur-res-ishi II (972-968)		
Tigalt-Pilaser II (967-935)		

Reino asirio reciente (2.ª mitad del siglo X - 1.ª del VIII a.C.)

Reyes		
Aššur-dan II (934-912)		
Adad-nirari II (911-891)		
Tukulti-Ninurta II (890-884)		
Aššurnarsipal II (883-859)		
Salmanasar III (858-824)		
Shamshi-Adad V (823-811)	*Revuelta nobiliaria. Guerra civil.*	
Adad-nirari III (810-783)		
Salmanasar IV (782-773)		
Aššur-dan III (722-755)		
Aššur-nirari V (754-745)		Auge de Urartu

Nuevo imperio asirio (2.ª mitad del siglo VIII - fines del VII a.C.)

Reyes	
Tigalt-Pilaser III (744-727)	
Salmanasar V (726-723)	
Sargón II (721-705)	
Senaquerib (705-681)	
Asarhadón (680-669)	
Aššurbanipal (668-¿627?)	
Aššur-etel-ilani (¿626?-623)	Ofensiva meda y babilonia.
Sin-shar-ishkun (622-612)	Crisis interna. Fin de Asiria.
Aššur-uballit II (611-?)	

Bibliografía

Obras de carácter general:

AA.VV.: *Estado y Clases en las sociedades antiguas,* Madrid, 1982.

AA.VV.: *Stato, economia, lavoro nel vicino Oriente Antico,* Milán, 1988.

Arnaud, D.: *Le Proche-Orient Ancien. De l'invention de l'écriture á l'hellénisation,* París, 1970, Bordas.

Avdiev, V.I.: *Historia económica y social del Antiguo Oriente. II; Reinos y Estados del II y I Milenios,* Madrid, 1986.

Cassin, E.-Bottero, J. Vercoutter, J. (eds.): *Los imperios del Antiguo Oriente,* Madrid, 1972, 3 vols.: n.º 2, 3 y 4 H.ª Univ. Siglo XXI.

Garelli, P.: *El Próximo Oriente asiático. Desde los orígenes hasta las invasiones de los pueblos del Mar,* Barcelona, 1974, Labor.

Nikiprowetzky, V.: *El Próximo Oriente Asiático. Los imperios mesopotámicos. Israel,* Barcelona, 1977, Labor.

Klima, J.: *Sociedad y cultura en la Antigua Mesopotamia,* Madrid, 1980, Akal.

Moscati, S.: *Las antiguas civilizaciones semíticas,* Barcelona, 1960, Garriga.

Schmokel, H.: *Ur, Asur y Babilonia. Tres milenios de cultura en Mesopotamia,* Madrid, 1965, Castilla.

Starr, C.G.: *Historia del Mundo Antiguo,* Madrid, 1974.

Willemenot, M.L.: *Assur y Babilonia,* Madrid, 1977, C.A.H.ª.

Trabajos específicos:

Blanco, A.: *Arte antiguo del Asia Anterior,* Sevilla, 1972.

Dhorme, E.: *Les religions de Babylonie et d'Assyrie,* París, 1945.

Driver, G.R.-Miles, J.C.: *The Assyrian Laws,* Oxford, 1935.

Foster, B.R.: *Administration of State Land at Sargonic Gasur,* Oriens Antiquus, XXI, 1982, pp. 39-48.

Gadd, C.J.: *Assyria and Babilon c. 1370-1300 b.C.,* Cambridge Ancient History, II, 2, 1975, pp. 21-48.

Gardascia, G.: *Les lois assyriennes,* París, 1969.

Garelli, P.: *Les Assyriens en Cappadoce,* París, 1963.

Grayson, A.K.: *Assyrian and Babylonian Chronicles,* Nueva York, 1975.

Harmand, J.: *La guerra antigua, de Sumer a Roma,* Madrid, 1986.

King, C.W.: *Annals of the Kings of Assyria,* Londres, 1902.

Kupper, J.R.: *Northern Mesopotamia and Syria,* Cambridge Ancient History, II, 1, 1973, pp. 1-17.

Landsberger, B.: «Assyrische Handelskolonien», Der alte Orient, 24, 4, 1925, pp. 1-34.

Assyrische Königsliste und dunkles Zeitalter, JCS, 8, 1954, pp. 31-45, 47-73 y 106-133.

Larsen, M.T.: *Old Assyrian Carvan Procedures,* Estambul, 1967.

Lewy, J.: *On some Institutions of the Old Assyrian Empire,* HUCA, 27, 1956, pp. 1-79.

Lewy, H.: *Assyria c. 2600-1816 b.C.,* Cambridge Ancient History, I, 2, 1971, pp. 729-770.

Anatolia in the Old Assyrian Period, Cambridge Ancient History, I, 2, 1971, pp. 707-720.

Luckenbill, D.D.: *Ancient Records of Assyria and Babylonia,* 2 vols., Chicago, 1926-7.

Mallowan, M.E.L.: *The Early Dynastic Period in Mesopotamia,* Cambridge Ancient History, I, 2, 1971, pp. 291-314.

Mendelsohn, I.: *Slavery in the Ancient Near East,* Nueva York, 1949.

Munn-Rankin, J.M.: *Assyrian Military Power c. 1300-1200 b.C.,* Cambridge Ancient History, II, 2, 1975, pp. 274-306.

Oppenheim, A.L.: *La historia económica mesopotámica a vista de pájaro,* «Comercio y mercado en los imperios antiguos» (Polanyi-Arensberg-Pearson, eds.), Barcelona, 1976, pp. 77-86.

Pettinato, G.: *I rapporti politici si Tiro con l'Asiria alla luce del Trattato tra Assarhaddon e Baal,* RSF, III, 1975, pp. 145-160.

Polanyi, K.: *Intercambio sin mercado en tiempos de Hammurabi,* «Comercio...», cit., pp. 61-76.

Pritchard, J.B.: *Ancient Near Eastern texts relating the Old Testament,* Princeton, 1955.

Roux, G.: *Mesopotamia. Historia política, económica y cultural,* Madrid, 1987, Ed. Akal.

Smith, S.: *Early History of Assyria,* Londres, 1928.

Wisseman, D.J.: *Assyria and Babylonia,* Cambridge Ancient History, II, 2, 1975, pp. 443-481.

Recientemente han sido publicados dos encuentros de asiriología en cuyas actas podrá encontrar el lector información y bibliografía complementaria:

Larsen, M.T. (ed.): *Power and Propaganda. A Symposium on Ancient Empires: Mesopotamia,* 7, 1979 (Copenhagen Akademisk Forlang).

Nissen, M.J.-Rengen, J. (eds.): *Mesopotamien und Scine Nachbam Politische und Kulturelle Wechselbeziehungen im Altem Uorderasiem vom 4 bis 1 Jahrtanusend v. Chr.,* Berlín, 1982, 2 vols. (XXV Rencontre Assyriologique Internationale, Berlín).